



Nosotros también nos acordamos

Ivett Tinoco-García | Rosario Rogel-Salazar (compiladoras)

MARGO
GLANTZ
Prólogo



UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México

Nosotros también nos acordamos surgió como un juego, se convirtió en un mecanismo de salvación. En rescate, redención, olvido y también delirio. En el marco del programa Abril, mes de la lectura (2015), la Universidad Autónoma del Estado de México invitó a la escritora Margo Glantz a presentar su libro *Yo también me acuerdo*, editado por Sexto Piso.

Además de presentar el libro, se llevó a cabo un Taller Literario en el que los asistentes experimentaron la estrategia de escritura en la que se inspiró Margo Glantz, quien recurre a una figura literaria explorada por algunos autores como Joe Brainard, Georges Perec y Pier Paolo Pasolini. Se trata de frases muy cortas que empiezan con la frase *Me acuerdo*, con ello se construye una suerte de autobiografía *sui generis*, sin cronología ni nudo argumental.

Nosotros también nos acordamos es un ejercicio colectivo en el que participan más de 80 personas, entre profesores, estudiantes y público en general. Decidimos hablar de la memoria y nos dejamos contagiar por el impulso de recordar. Al final del ejercicio no podemos dejar de preguntarnos ¿recordamos hechos o hacemos recuerdos?



Nosotros también nos acordamos

PN
212
.N686
2015

Nosotros también nos acordamos / Ivett Tinoco García,
Rosario Rogel Salazar, compiladoras ; prólogo, Margo
Glantz.-[1ª ed. Toluca, Estado de México : Universidad
Autónoma del Estado de México, 2015.]

[310 p. ; 22 cm.] - .

ISBN: 978-607-422-626-3

1. Narración (Retórica) - Siglo XXI. I. Tinoco García,
Ivett, comp. II. Rogel Salazar, Rosario, comp. III. Glantz,
Margo, pról.

NOSOTROS TAMBIÉN NOS ACORDAMOS

Ivett Tinoco García y Rosario Rogel Salazar (compiladoras)

Margo Glantz
Prólogo



UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México

“2015, Año del Bicentenario Luctuoso de José María Morelos y Pavón”

Primera edición, agosto 2015

Nosotros también nos acordamos

Ivett Tinoco García y Rosario Rogel Salazar (compiladoras)

Margo Glantz (Prólogo)

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel. (52) 722 277 38 35 y 36

<http://www.uaemex.mx>

direccioneditorial@uaemex.mx



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución 2.5 México (CC BY 2.5). Para ver una copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Tinoco-García, Ivett y Rosario Rogel Salazar (comps.) (2015), *Nosotros también nos acordamos*, prólogo de Margo Glantz, México, Universidad Autónoma del Estado de México, ISBN: 978-607-422-626-3.

Responsable editorial: Rosario Rogel Salazar. Coordinación editorial: María Lucina Ayala López. Corrección de estilo: María Consuelo Barranco Monroy y Socorro Zepeda Montes. Formación y diseño: Eva Laura Rojas. Diseño de forros: Mayra Flores Mercado. Asesoría creativa: Pablo Mitlanian. Servicios de catalogación: Marciano Díaz Fierro. Asesoría legal: Shamara de León García.

Imagen de portada: *Mujer leyendo*, ca. 1925, lápiz sobre papel, Antonio Ruiz “El Corzo”, colección particular.

ISBN: 978-607-422-626-3

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

PRÓLOGO

Margo Glantz

Nosotros también nos acordamos es un libro entrañable

Surgió de un encuentro realizado a principios de 2015 en la Universidad Autónoma del Estado de México, con un grupo de profesores, funcionarios, estudiantes y amigos, donde a instancias de Ivett Tinoco García, secretaria de Difusión Cultural de dicha universidad y de varios compañeros suyos, me di a la tarea de explicar el origen y el sentido de mi propio libro que lleva el título *Yo también me acuerdo*.

Estamos frente a un libro colectivo, se inscribe en una tradición especial que en cierto modo –no únicamente, pero sí por su forma específica–, se inicia con *I remember (Me acuerdo)* publicado en 1975, el libro del escritor y artista gráfico estadounidense Joe Brainard, al que siguió muy pocos años después, en 1978, *Je me souviens (Me acuerdo)* del escritor francés Georges Perec.

Joe Brainard no inauguró un género al escribir su texto, pero imaginó un tipo de texto reiterativo que hace uso de la anáfora, la figura literaria de la repetición, para convocar sus recuerdos. Modelo de inmediato seguido, como dije antes, por Georges Perec. Su amigo Harry Mathews, también miembro del Oulipo (*Ouvroir de littérature potentielle*, es decir, Taller de literatura potencial, del cual también era miembro Italo Calvino), le regaló al francés una copia del libro de Brainard y éste de inmediato produjo su *Je me souviens*, utilizando el mismo procedimiento y escribiendo en el epígrafe: “El título, la forma y en cierta medida, el espíritu de estos textos se inspiran en *I remember* de Joe Brainard”.

Muchos años después, y obedeciendo a una petición que me hiciera a mí y a otros escritores, Rodrigo Hazbún, joven escritor boliviano que hace su doctorado en la Universidad de Cornell y dirige un revista virtual llamada *Traviesa*, me di a la tarea de escribir unos cuantos *meacuerdos* –diecisiete exactamente–, para cumplir con el encargo. Textos que despertaron en mí el deseo irrefrenable de escribir un libro entero utilizando esa fórmula, al grado que en breve tiempo, unos cuantos meses, ya había borroneado cerca de cuatrocientas páginas, mismas que después de numerosas revisiones y reescrituras se convirtieron en un libro editado en 2014 por Sexto Piso. La posibilidad de hacer pequeños textos me permitió un

trabajo muy interesante de asociación; cada recuerdo disparaba varios más. Estaba como en “estado de recuerdo”: había puesto en marcha un mecanismo cerebral.

La anáfora funciona a manera de disparador de recuerdos, es al mismo tiempo una constricción y una liberación, exige someterse a un imperativo, es decir, iniciar el texto con una frase que se repite al infinito y que podría ser –o parecer– una fórmula cansina. No es así, esa constricción permite la mayor libertad de asociación y también propicia una recreación infinita en donde la propia vida y la del tiempo y el país y el mundo en que se ha vivido se iluminan de manera precisa, aunque fragmentaria. Se trata en suma de una de las múltiples formas de escribir una autobiografía, aboliendo formas tradicionales de narración: textos poco canónicos hacen uso de una multiplicidad de recursos, de las series, de los catálogos, de los inventarios, de las clasificaciones no ortodoxas que renuevan y desolemnizan distintas formas breves como podrían ser los esbozos, los cromos, las parodias, las tajadas, las figuras, los chispazos, los pastiches, las noticias, y así al infinito, como si se hiciera un mosaico con pedacitos de distintos tamaños, colores, texturas y formas.

Cito aquí frases de un ensayo que sobre mi libro escribió Adriana Kanzepolski, crítica argentina, es útil en este contexto, habla de las estrategias necesarias para completar este tipo de textos:

Yo también me acuerdo hilvana una poética que opera sobre el lector en dos sentidos diversos; por un lado, demanda una lectura no ortodoxa, una lectura discontinua y pasible de descontextualización, en la que cualquier saber se pulveriza por la forma que imprime el fragmento y por el humor que siempre erosiona, pero al mismo tiempo la reescritura y la autocita, a veces literal, reenvían al lector al resto de su textualidad y lo incitan no sólo a crear su propias series –un efecto y una tentación común a los textos diseñados como una colección– sino a establecer series entre un libro y otro, a rellenar huecos, a 'reunir sus sobras', que no sus obras, como dice divertida en uno de los "Me acuerdo" (Kanzepolski, 2006).

Operación que parecería muy sencilla, pero a pesar de la uniformidad aparente de la fórmula apadrinada por la anáfora, los *meacuerdos* o los *también me acuerdo* o los *también nosotros recordamos* nunca son los mismos, llevarán ineludiblemente la impronta de quienes escriben y hayan decidido usar este recurso para dar cuenta de sus vidas. Brainard nos habla de sus experiencias más íntimas y más tempranas, sobre todo las de su sexualidad, una sexualidad no aceptada en la época en que escribió su libro, y, con todo y sobre todo, un libro gozoso, sin asomo alguno de culpa. Pereg decidió omitir sus recuerdos más personales y concentrarse en quince años, de los diez a los veinticinco de su edad, numerando los recuerdos para

confeccionar, como él mismo asentó: "...pequeñas piezas cotidianas, cosas que, en tal o cual año, las personas de una misma generación vio, vivió o compartió, y que o bien han desaparecido o han sido olvidadas".

Yo, en cambio, he recogido vivencias y recuerdos que abarcan casi toda mi larga vida, incluyendo las memorias más íntimas y por tanto más cercanas, así como todo tipo de ocurrencias, tanto de la alta como de la baja cultura, de la política, de la frivolidad, de la moda, de la irrupción de la computadora, de las redes sociales, de los libros virtuales, de la Historia y de la historia, de la literatura, de mi propia experiencia como escritora, de mi posible y próxima muerte y la de mis seres queridos o de la de aquellos que vivieron cerca de mí –es decir, mis contemporáneos– este ya largo tramo de país y de sociedad que amenaza con acabarse.

Debo advertir –y es un orgullo hacerlo– que el tipo de experimento que ahora ve la luz en esta Universidad Autónoma del Estado de México se ha llevado a cabo en otras instituciones universitarias. Recuerdo el ejemplo de un instructor, en Estados Unidos, que ante una clase advierte a sus alumnos que deben seguir al pie de la letra el mandato de la anáfora, y no deberán detenerse en un periodo específico de su vida –contrariando tanto a Perek como a Brainard–.

Lo anterior lo menciono solamente como un dato, permite celebrar este tipo de experimentos que se van repitiendo en diversos lugares: libros seminales engendran otros libros y parten de un mismo principio para alcanzar cada uno metas muy valiosas y diferentes.

Me ha conmovido enormemente leer a cada uno de los antologados, apreciar sus diferencias, gozar con sus recuerdos, aquilatarlos, entender lo que les ha sucedido a muy diversas personas, de distintas edades, sexos y profesiones y, en particular, detenerme a leer y admirar los recuerdos de los más jóvenes, esos veintidós estudiantes que se esforzaron por decir con palabras sencillas pero preciosas, evocadoras y precisas un acontecer vital que empieza a despuntar.

BIBLIOGRAFÍA

- Brainard, Joe (1975), *I remember*, Nueva York, Full Court Press.
- Glantz, Margo (2014), *Yo también me acuerdo*, México, Sexto Piso.
- Kanzepolski Adriana (2006), “Las genealogías de Margo Glantz”, en *Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcgt606> (Consultado el 4 de agosto de 2015).
- Perec, Georges (1978), *Je me souviens*, Francia, Éditions Hachette.

INTRODUCCIÓN

Ivett Tinoco-García
Rosario Rogel-Salazar

En la Universidad Autónoma del Estado de México “también nos acordamos”

Paul Auster, en *La invención de la soledad*, afirma que la memoria es el espacio en el que una cosa ocurre por segunda vez. Samuel Beckett, por su parte –refiriéndose a Proust– nos dice que “el hombre con buena memoria nunca recuerda nada, porque jamás olvida nada”.

Nosotros también nos acordamos surgió como un juego que terminó por convertirse en un mecanismo de salvación. En rescate, redención, olvido y también en delirio. En el marco del programa Abril, Mes de la Lectura (2015), la Universidad Autónoma del Estado de México invitó a la escritora Margo Glantz a presentar su libro *Yo también me acuerdo*, editado por Sexto Piso en 2014, donde recupera la figura literaria de la anáfora

para ofrecer breves acercamientos a su historia de vida relatados al azar; tal como lo hiciera Georges Perec en 1978, cuando publicó su libro *Je me souviens* (Me acuerdo), un compendio de breves frases que inician todas con la anáfora “Me acuerdo”.

Perec escribió su libro tomando como referente el que Joe Brainard publicó tres años antes –*I remember* (1975)– y Margo Glantz, siguiendo el mismo recurso literario, y con un gran sentido del humor, recupera el ejercicio de Perec y de Brainard y les ofrece un guiño con el título *Yo también me acuerdo*; pues al igual que ellos recopila diversas anáforas que son, al mismo tiempo, un atisbo a la memoria de una escritora consagrada y la magistral recuperación de una estrategia literaria que es tan aparentemente sencilla de construir, que invita a los lectores a liberar la memoria y también la escritura.

En Abril de 2015, además de presentar su libro, Margo Glantz aceptó participar en un taller literario donde los asistentes –posterior a escuchar el contexto que dio lugar al surgimiento del libro, a la explicación del recurso literario y a la lectura de algunas de las anáforas– tomaron el micrófono para dar lectura en voz alta a las breves anáforas que empezaron a escribir tímidamente en hojas distribuidas al inicio de la sesión.

En un inicio las participaciones fueron breves y temerosas, pero poco a poco todos y cada uno de los

asistentes empezaron a contagiarse de una suerte de “frenesí del recuerdo”. Los micrófonos no alcanzaban. Empezaron por pedir la palabra con un poco de vergüenza y terminaron por arrebatarla, incluso empezaron a llegar anáforas a través de las redes sociales mediante el *hashtag* #YoTambiénMeAcuerdo, gracias a que la conferencia y el taller fueron transmitidos a distancia con el apoyo del equipo de UAEM.TV (<http://www.uaemex.tv/>).

Un encuentro programado para dos horas se prolongó a más de tres, y la repercusión en redes sociales fue tal que, incluso, una semana después seguían llegando anáforas con recuerdos de múltiples procedencias. Fue entonces cuando supimos que esa gran fuerza no podía quedarse sólo ahí, que era preciso darle forma a todos los recuerdos y que la Universidad debía hacer suyo el compromiso no sólo de promover la lectura, sino también de contribuir a la formación de escritores.

Posterior al primer taller en el que contamos con la presencia de Margo Glantz, se llevó a cabo otro en el que participaron exclusivamente estudiantes de preparatoria de nuestra Universidad. El efecto ahí generado fue contagioso, contrario a lo que sucedió semanas antes, los jóvenes no parecían verse afectados por la timidez, todo lo contrario, sus relatos son quizá los más vivos y nítidos, justo por su sencillez y arrojo.

Es así que, continuando el juego que iniciara Margo Glantz al titular a su libro *Yo también me acuerdo*, decidimos nombrar a éste *Nosotros también nos acordamos*. Se trata del primer libro colectivo editado por una Universidad, donde se recuperan estas peculiares anáforas de la memoria. Participan en él 102 personas entre profesores, artistas, estudiantes y público en general.

Algunos, quienes nos permitieron incluir sus anáforas, son escritores y han publicado ya sea poesía o narrativa; algunos otros son académicos que, si bien suelen escribir, generalmente no lo hacen bajo un género narrativo. Agradecemos de forma muy especial las colaboraciones recibidas por parte de trabajadores administrativos de nuestra Universidad, algunos de ellos nos pidieron incorporar sus recuerdos cuando el libro estaba ya en proceso. Y, sobre todo, estamos en deuda con los estudiantes que le imprimieron un aire renovado a los recuerdos aquí recopilados.

Muchos de quienes hoy aquí tenemos la oportunidad de ser autores, nunca imaginamos formar parte de un libro prologado por Margo Glantz; con ella estamos en deuda por su gran generosidad y por haber aceptado ser cómplice de este juego que nos permite ser autores, y serlo a su lado.

Durante el proceso de compilación de este libro, nos percatamos que gran parte de los recuerdos hacían

referencia a la imagen de Los Abuelos. Es por ello que agradecemos a Luisa Barrios Honey Ruiz, quien nos permitió utilizar como imagen de portada para este libro un dibujo de su abuelo: Antonio Ruiz *el Corzo*, uno de los más destacados artistas plásticos mexicanos del siglo XX, reconocido dentro de la generación de los pintores pertenecientes a la Escuela Mexicana de Pintura.

Al final del libro, y porque estamos seguros que al tenerlo entre sus manos los lectores sentirán el deseo de escribir sus propias anáforas, hemos dejado algunas líneas en blanco donde podrán agregar los recuerdos que, esperamos, den vida al siguiente tomo de este libro de recuerdos, que es de todos y no se acaba nunca.

Decidimos hablar de la memoria y nos dejamos contagiar por el impulso de recordar. Al final de este ejercicio no podemos dejar de preguntarnos ¿recordamos hechos o recordamos recuerdos?

BIBLIOGRAFÍA

- Brianard, Joe (1975), *I remember*, Nueva York, Full Court Press.
Glantz, Margo (2014), *Yo también me acuerdo*, México, Editorial Sexto Piso.
Perec, Georges (1978), *Je me souviens*, París, Éditions Hachette.
Auster, Paul (1979), *La invención de la soledad*, Barcelona, Anagrama.

Samuel Beckett (2008), *Proust y otros ensayos*, edición Universidad Diego Portales, Chile, disponible en: <http://www.con-versiones.com.ar/nota0980.htm> (consultado 4 de agosto de 2015).

Luisa Barrios Honey Ruiz

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de cuando me prensé los dedos con la puerta y mi abuelo hemipléjico y en silla de ruedas vino a mi rescate.

Yo también me acuerdo de una gran vela de luz trémula en la sala de casa de mis abuelos, cuando él murió, en la sala verde olivo de pisos de madera enmarcada con sus pinturas huérfanas.

Yo también me acuerdo del incomprensible e impuesto vestido de terciopelo negro que usé para el funeral a mi tierna infancia.

Yo también me acuerdo de mi incredulidad ante que una tortuga jalara a la chalupa que deslizaba a Frida Kahlo en el mar, delante de tres barcos de papel.

Yo también me acuerdo que mi abuela decía que gracias a mis incipientes incursiones pictóricas a los tres años, sobre los dibujos de mi abuelo, él dejara de pintar.

Yo también me acuerdo de la seducción que me provocaba la biblioteca de mi abuelo ausente, llena de libros de pintores flamencos con imágenes pegadas y la gran colección de libros antiguos de medicina y homeopatía.

Yo también me acuerdo del mueble gris con delgados cajones de interior rojo que resguardaban como tesoro, los finos pinceles y los tubos de óleos, uno tras otro como soldados dispuestos a la lucha.

Yo también me acuerdo de leer la correspondencia de mi abuelo para mi abuela y haberme reconocido en sus frases.

Yo también me acuerdo del pequeño cofre pintado a mano, con querubines, guirnaldas y cajones secretos con un interior en seda estampada que mi abuelo le hizo a mi abuela.

Yo también me acuerdo de encontrar los tesoros epistolares con aventuras, decires, hazañas y consejos de Rufino Tamayo, Roberto Montenegro, Gabriel Fernández Ledesma y Frida Kahlo.

Yo también me acuerdo de haber descubierto una fotografía de los años veinte, de dos jóvenes varones tomados por el brazo caminando por Venice Beach, de una pintura de Antonio Ruiz que se perdió en Estados Unidos.

Yo también me acuerdo con emoción de la vez que encontré en el centro George Pompidou dos postales que representaban al arte mexicano, una de Frida Kahlo y otra de Antonio Ruiz, *el Corzo*, *El sueño de la Malinche*.

@marvaldespino

YO TAMBIÉN ME ACUERDO del vestido blanco con solapas verdes de mi madre. Era la más bella mientras escuchaba los canarios.

Yo también me acuerdo cuando el abuelo sacaba la barbacoa del horno forrado de pencas de maguey, y entonces empezaba la fiesta.

Yo también me acuerdo que Margo Glantz dijo: “En la vejez, el futuro se acaba”.

Yo también me acuerdo que Margo Glantz dijo que en su libro *Yo también me acuerdo* están “las cosas que me importan en el mundo”.

Yo también me acuerdo que sólo a un hombre he besado la primera vez que lo vi. Su nombre: Leonardo, mi hijo.

Estefanía Licea

YO TAMBIÉN ME ACUERDO cuando murió la abuela, después de decir que las muertes eran como los granos de mazorca. Tenía voz de profeta.

Yo también me acuerdo cuando juramos el “por siempre”, fue sobre la misma mesa del mismo café, donde después nos dijimos adiós.

Yo también me acuerdo cuando creí que podía ser un pingüino.

Yo también me acuerdo de la cocina de los abuelos, fogón de concreto, centro de cuentos, taller de recuerdos.

Delfina Careaga

YO TAMBIÉN ME ACUERDO, a los 78 años de edad, cuando nació mi hijo: fue el día más feliz de mi vida.

Yo también me acuerdo que un día en un camión le di un beso en la cabeza calva a un señor que confundí con mi tío Salvador.

Yo también me acuerdo que cuando adolescente, con algunos compañeros, nos fuimos a remar al lago de Chapultepec, con tan mala suerte que la lancha se volcó y llegamos empapados a nuestras casas con la culpa más que evidente.

Yo también me acuerdo que al entrevistarme en la radio, en vez de nombrar a la actriz Isabela Corona dije Isabel la Católica.

Yo también me acuerdo del delicioso aroma de la comida preparándose en la cocina; aroma que “volaba” por el corredor lleno de macetas y de pájaros, y llegaba hasta la sala donde yo seguía estudiando el piano.

Yo también me acuerdo de cuando por la noche mi tía tocaba el piano con notas tan lentas y separadas en el silencio como si fuera encendiendo una a una las velas de un candelabro.

Yo también me acuerdo de lo macabramente horrible, siniestro y detestable que fue mi primer día en la escuela.

Yo también me acuerdo de la lámpara de pie que mi profesora de piano encendía por la tarde y parecía bañarnos con trigo transparente.

Yo también me acuerdo que cuando conocí a mi esposo pensé que el mundo en que él y yo nos habíamos encontrado, era inviolable.

Yo también me acuerdo de esa madrugada en que mi papá llegó hasta mi camita, me cargó en sus brazos y me sacó al corredor, y señalándome en el cielo la tenue luz de colores que iniciaba el día, me dijo: “Mira, ésa es una aurora”.

Yo también me acuerdo de cuando me empeñé en darle una moneda a quien yo suponía era un cuidador de automóviles, sin ver las medallas que ostenta un general de brigada.

Yo también me acuerdo del miedo excitante antes de salir a la sala de conciertos, cuando empezaban los aplausos.

Yo también me acuerdo del miedo paralizante en los exámenes orales del colegio.

Yo también me acuerdo del miedo lleno de halagos cuando me han felicitado en público.

Yo también me acuerdo del miedo más extremo cuando de niña, en la iglesia, me ponían delante de un cristo totalmente sangrante cargando su cruz, mirándome con grandes y espeluznantes ojos.

Yo también me acuerdo del picante y sabrosísimo miedo al ver con mis primas una película de terror.

Yo también me acuerdo del buen humor de mi padre; de cómo lo admiraba yo y lo quería.

Yo también me acuerdo de cuando toda la familia fue a pedir la mano de la novia de mi primo. Nos dieron una rica cena y se habló hasta por los codos. Ya para regresar, mi primo, casi llorando en la calle, dijo a sus papás: “¡Se les olvidó pedir la mano de mi novia!”. Y todo el clan tuvo que regresar a cumplir el compromiso.

Yo también me acuerdo de la emoción casi incontrolable cuando conocí en persona al escritor paraguayo Augusto Roa Bastos.

Yo también me acuerdo de cuando pasé la primera noche en una población de tierra caliente, que me hizo pensar que la oscuridad estaba toda hecha de árboles.

Yo también me acuerdo del amor... Y me acuerdo del dolor y la angustia y del placer de sentirme viva, aunque estos recuerdos de hoy no los siento igual que aquellos que viví entonces.

Alicia Gutiérrez Romo

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de haber jugado a ver la misma ciudad –de escuela, trabajo y amistad– en que vivo; a mirar sus calles con ojos niños, ingenuos, como los del turista que se abre al asombro de lo ajeno y para otros tan cotidiano e insulso.

Yo también me acuerdo de la madre de mi madre gritando para sí misma y para los que no escucharon, reclamos ardientes contra el presidente Díaz Ordaz, contra los robos y contra la falta de fe en la Santísima Trinidad.

Yo también me acuerdo de haber leído *El rastro*, de Margo Glantz y sentir que tal vez –desde lo ajeno del presente y lo cercano de la pasión– lloró la muerte de un amor pasado, a través de su obra.

Yo también me acuerdo que a los cuatro años, imaginaba que me casaría cuando tuviera dieciocho, con un italiano que me llevaría de *Luna de miel* a África, en helicóptero.

Yo también me acuerdo que dentro del recuerdo eres miel, y pasos, y besos y presente infinito.

Yo también me acuerdo de Rogelio Rascón, mi instructor de buceo, quien me enseñó el disfrute de ahuyentar los miedos, de observar la maravilla, de los azules, verdes, grises y violetas profundos del mar y de lo salvaje. Me enseñó además que la *word wide web* “...Te acerca a los distantes y te aleja de los cercanos”.

Lorena Guerrero V.

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de la infancia que viví al lado de mis abuelos, sus enseñanzas aún las recuerdo y son gratas en mi vida.

Yo también me acuerdo que una prima le comentó a mi abuela que quería morir y ella le contestó: “muérete hija, y te compramos muchas flores blancas para tu sepelio”.

Blanca Aurora Mondragón

YO TAMBIÉN ME ACUERDO, Margo, que nos tendiste una trampa. Tus “Yo también me acuerdo” parecen fáciles; pero me acuerdo que se requiere sabiduría, erudición y mucho mundo.

Yo también me acuerdo, Margo, que escribió Alfonso Reyes en *El deslinde*: “...hay que rescatar la interpretación de la poesía entre las sentimentalidades confusas que la ensombrecen”.

Yo también me acuerdo, Margo, cuando creíamos que *Poemas humanos* de César Vallejo nos salvarían la vida. Y lo hicieron.

Yo también me acuerdo, Margo, cuando sabíamos que los poetas eran “los Iluminados”. Recuerdo que las becas arruinaron todo.

Yo también me acuerdo, Margo, de nuestro querido poeta y hermano Sergio Mondragón: “la loca poesía... florece como una respuesta a todas las preguntas”.

Yo también me acuerdo: cuando desperté el cuasi-bebé ya no estaba y ella había muerto desangrada.

Yo también me acuerdo que él escribió un poema: “A nuestros orgasmos”. Morí de risa. ¿Nuestros?

Yo también me acuerdo cuando creía que la vejez de una mujer se nota en el exceso de polvo en el cuello... me acuerdo que esta mañana me lo confirmó el espejo.

Yo también me acuerdo cuando fumábamos sin culpa y sin miedo. No sabíamos nada. Éramos muy felices.

Yo también me acuerdo cuando teníamos sexo sin culpa y sin miedo. Éramos libres de enfermarnos de lo que fuera, si es que algo había...

Yo también me acuerdo que prefiero hablar de salud, porque las palabras son altamente contagiosas.

Yo también me acuerdo que mi amigo se murió en un centro de salud pública. Me acuerdo que estaba formado en una gran fila de urgencias.

Yo también me acuerdo, no sin una risita burlona, que ahora llaman “couching ontológico” a la superación personal-empresario neoliberal.

Yo también me acuerdo que, después de ocho años, amor mío, hoy por fin te extrañé: no estaba el desayuno puesto.

Yo también me acuerdo de los sábados literarios en la casita verde: me acuerdo de increíbles dosis de música, poesía... y una que otra copa de vino.

Yo también me acuerdo que dicen que te accidentaste y te moriste; pero no, tú y yo sabemos que permaneciste ahí.

Yo también me acuerdo de sus grandes abrazos, elocuencia vencedora, alma bondadosa y perversa. Me acuerdo de Alejandro.

Yo también me acuerdo cuando las monjas, en primero de primaria, me picaban las manos porque no aprendía a coser con la aguja.

Viridiana Martínez Guzmán

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que me gustaba ir brincoteando, tomada de la mano de ese señor que para todo mundo era Pancho, pero para mí era sólo papá.

Margarita

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que cuando iba a hacer mi primera comunión, me ilusionaba la oportunidad de usar un vestido blanco, largo y esponjado, pero mi mamá me dijo, cuando me llevó a comprarlo al mercado Juárez, que me compraría un vestido corto porque el vestido largo sólo lo usaría un día, y el corto lo podría seguir usando; y me compró el vestido corto.

Bertha Barrientos Gil

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que hacía columpio de un lazo colgado a una rama de un árbol en el campo.

Yo también me acuerdo que un amigo me decía: “vamos a hacer lo más difícil que hay en el mundo: pensar”.

Nosotros también nos acordamos

Roberto Adrián Vázquez Quezada

YO TAMBIÉN ME ACUERDO cuando estuve en prepa, en los recuerdos de mi niñez y lo fabuloso de jugar en el campo.

Rosario Rogel Salazar

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que Margo Glantz dijo que el *Me acuerdo* de Joe Brainard es espontáneo y natural. No tiene cronología ni nudo argumental.

Yo también me acuerdo cuando llegaron los pericos a habitar el Búnker. Les dejé un plátano en el jardín, a la mañana siguiente el plátano no estaba, así que les dejé otro. Más tarde supe que Bernal tiró el primero y, antes de que tirara el segundo, le advertí: ¡Es para los pericos! Luego supe que los pericos no comen plátanos.

Yo también me acuerdo cuando, intentando volar mientras jugábamos a Batman y Robin con mi hermana Luceli, me golpeé en la cabeza y me llevaron al hospital donde me pusieron tres puntadas. Aún recuerdo esa extraña sensación de la aguja y el hilo enredándose en mi cabello.

Yo también me acuerdo de esa tarde cuando, escuchando música con Bernal, sentí con toda claridad cómo me crecía un pico de pato amarillo y brillante. También me acuerdo que cuando él se acuerda se muere de risa.

Yo también me acuerdo que aprendí a leer a los cuatro años, antes incluso de entrar a la primaria. También me acuerdo que cuando entré a la primaria olvidé por completo cómo leer.

Yo también me acuerdo cuando caminando por la Feria del Libro de Guadalajara tomé en mis manos un ejemplar de *Next* y una persona se acercó a preguntarme si me gustaba, a lo que contesté: –Obvio, de hecho Baricco escribió para mí *Oceano Mare*. De inmediato el tumulto, los gritos, los empujones. Alguien tomó del brazo a mi interlocutor y a la voz de –Alessandro, la entrada al auditorio es por acá, alejó de mí al amor de mi vida.

Yo también me acuerdo que me daba miedo ir a la iglesia con mi abuela. Las figuras eran sangrantes y con rostros sufridos, lo que más terror me generaba era ver cómo ella tocaba los pies de un Cristo y luego se llevaba las manos al rostro para persignarse.

Yo también me acuerdo que mi abuela decía que tenía los ojos color “agua puerca”, y que su piel era delgada como una hoja de papel. Me acuerdo que para leer se ponía unas pequeñas gafas en la punta de la nariz y que preparaba la comida más rica del universo.

Yo también me acuerdo que mi hermana Luceli tenía un amiguito imaginario que se llamaba Pinki, y también me acuerdo que me daba mucha envidia no tener uno para mí.

Yo también me acuerdo que mi hermana Luceli y yo hacíamos pasteles en su *Horno Mágico* y los vendíamos a las personas que visitaban a mi padre en su despacho de abogado. Recuerdo que con ese dinero compramos un mameluco amarillo con un pollito para mi hermano Jesús, que estaba a punto de nacer.

Yo también me acuerdo que mi hermana Luceli y yo jugábamos a “maquinar”. Ella se sentaba frente a la enorme máquina de escribir de mi papá, que decía al frente con letras doradas: *Remington*. Yo le dictaba, ella escribía, y siempre empezábamos por el Índice.

Yo también me acuerdo que mi hermana Luceli y yo pasábamos las vacaciones de verano con un par de

amigas, entre Toluca y Morelia. Organizábamos puestas en escena y montábamos espectáculos con escenografía hecha con materiales de la papelería de la esquina y, para la coreografía, tomábamos sin permiso los discos LP de sus hermanos mayores.

Yo también me acuerdo que mi mamá nos subía a los cuatro hermanos al auto. Conducía sin parar, con la música a todo volumen. Cantábamos voz en cuello y así recorrimos casi todo el país.

Yo también me acuerdo que nada me gustaba más que peinar a mi hermana Gaby, ataviarla con ridículos vestidos como si fuera una muñeca, y llevarla conmigo a la escuela.

Yo también me acuerdo que odiaba que mi mamá me vistiera igual que a mi hermana Luceli, y también odiaba que me peinara con bucles.

Yo también me acuerdo que teníamos un gatito llamado Tiger al que le gustaba dormir la siesta al lado de mi papá.

Yo también me acuerdo que todas las tardes iba a clases de inglés con una profesora que había sido monja. Antes de iniciar la clase, nos persignábamos y rezábamos el

Padre Nuestro en inglés, yo no lo sabía en español y me daba mucha vergüenza que la gente lo supiera.

Yo también me acuerdo que, antes de dormir, mi padre me leía libros con muchos dibujos y colores. Me acuerdo que mi favorita era la historia de *Botón Tolón*.

Yo también me acuerdo que, siendo niña, tomé de la biblioteca un grueso libro empastado en piel llamado *Poemas y sonetos*. Me acuerdo que, por más que lo leía una y otra vez, no dejaba de preguntarme por qué mi padre decía que Sor Juana Inés era fantástica, si no se entendía nada.

Yo también me acuerdo que leí por primera vez *La historia del ojo* siendo casi adolescente. No había bien terminado la primera página, la cerré de inmediato. Me sonrojé, miré a mi alrededor suplicando que nadie me hubiera visto. El pequeño libro de Bataille vivió en mi mesita de noche por años, lo leía a escondidas, escrutando los límites de la razón y la conciencia, intentando encontrar la línea que separa la cordura de la demencia.

María Trinidad Monroy Vilchis

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que dije que nunca tendría hijos.

Yo también me acuerdo que me gustaba buscar clavos con un imán en una montaña de aserrín.

Yo también me acuerdo lo feliz que me hacía que mi tío Víctor jugara conmigo al riqui ran.

Yo también me acuerdo que la obra de Frida Kahlo siempre me ha dado desconfianza.

Yo también me acuerdo de tantas vacaciones con la Familia Burrón.

Yo también me acuerdo de mi infancia de oficina, salir de la primaria y gastar la papelería del Poder Judicial donde trabajaba mi madre.

Yo también me acuerdo que tengo varios años pensando en qué quiero ser cuando sea grande.

Karla Patricia Martínez Gómez

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que en invierno me llevaban tan temprano a la escuela que pensaba que era de noche.

Yo también me acuerdo que me gusta la palabra “patrañas”.

María Lucina Ayala López

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que me subí a una lancha rápida con mis hijos en la laguna de Valle de Bravo y que me puse paranoica: ¿serán aguas negras?

Yo también me acuerdo que dijo mi mamá: —“no corras, quédate quieta”, y entonces la abeja se posó a un lado de mi ojo dejándome adolorida y muy inflamada. Y me acuerdo que desde ese día estos animalitos me dan pavor.

Yo también me acuerdo que la jefa nos asustaba tanto que con sólo escuchar sus fuertes pasos subiendo las escaleras, corríamos inmediatamente hacia nuestro lugar de trabajo antes de que ella entrara a la oficina.

Yo también me acuerdo que a pesar de tus dolencias, ese lunes me preguntabas a señas que por qué no me había ido a trabajar. Yo sé que no me creíste cuando te

dije que no trabajaríamos. Y te fuiste de esta Tierra el
miércoles de esa semana.

Nosotros también nos acordamos

Alfredo Barrera

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que caminaba a lado de mi hermano Ricardo, quien me tomaba de la mano.

Consuelo Reyes Carbajal

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de aquella noche en la que caminamos juntos mientras me cantabas una linda canción.

Yo también me acuerdo de esa nevada que caía sobre mí, mientras iba a comprar verdura.

Yo también me acuerdo de ese momento amargo en que se congeló mi corazón al saber que su corazón no latía más.

Yo también me acuerdo del fuerte dolor de pecho que me invadió cuando me rompió el corazón.

Nosotros también nos acordamos

Lao Parra

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de ir con los abuelos de Salazar
a Toluca en tren.

Marco Antonio Velázquez Osorio

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de mi infancia, mi primer gol en un equipo de fútbol.

Yo también me acuerdo de la sensación, del escalofrío de pisar las celdas de San Juan de Ulúa, Veracruz.

Yo también me acuerdo de lo pequeño que me sentí ante la magnitud del Cañón del Sumidero.

Nosotros también nos acordamos

Ruth Milca

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que siempre me ha gustado soñar
a pesar de tan cruel realidad.

Horacio Gómez

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de la banqueta donde no me senté, me miraba mientras ella pasaba frente a mis ojos.

Yo también me acuerdo que la política no fue lo que dijo ser.

Yo también me acuerdo que ya no la miré.

Yo también me acuerdo de aquella viejita que barría la calle todas las mañanas. Me acuerdo que luego ya no la recordé.

Yo también me acuerdo que los colibríes ya no han vuelto y que ayer ya no los esperé.

María Esther Rivera López

YO TAMBIÉN ME ACUERDO del momento en que me di cuenta que la vida es tan corta como el suspiro del recuerdo, tenía ocho años y mi papá estaba muerto.

Yo también me acuerdo que la vida es la oportunidad de existir.

Yo también me acuerdo que la felicidad no debe ser un objetivo de vida porque se da como el buen vino, no en pequeños sorbos, pero sí en pequeños momentos.

Yo también me acuerdo del momento en el que mi hija con sus ojitos tiernos y alegres me preguntaba:
—mamá, ¿quién es tu mejor amiga?, y yo le respondí:
—tú eres tu mejor amiga y nunca vas a estar sola porque cuentas conmigo.

Cecilia Cota

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que tenía los ojos cerrados, vestida de fiesta, dormida, queriendo bailar; nadie bailaba, todos lloraban.

Yo también me acuerdo que estaba allí con los ojos cerrados, vestida de fiesta, pero atrás, en contraste, el llanto.

Liliana Hernández

YO TAMBIÉN ME ACUERDO cuando caminaba fragmentada por el dolor, y la sonrisa de un extraño me hizo reinventarme.

Yo también me acuerdo que el arcoíris se manifiesta como una alianza con la conciencia universal.

Yo también me acuerdo que la sencillez y la alegría cambian un rostro y engrandecen el alma.

Yo también me acuerdo de la sopa aguada de pasta que mi madre servía con el cucharón del consuelo, sobre el platón de la rutina.

Martha Patricia Domínguez Bustos

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de mi soledad en compañía, su primera vez, mi primera oportunidad de ser amada dándome amor.

Yo también me acuerdo cuando el teniente coronel (mi padre) me introdujo radicalmente en la lectura (nueve años) de manera informal, dejando en mis manos *Los hornos de Hitler*.

Juliana Hernández Morales

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que me gustaba nadar en el río del puente de La Paz.

Yo también me acuerdo que cuando caminaba en el cerro del Perico, me gustaba encontrar mi casa en el pueblo.

Yo también me acuerdo que cuando me comentaron que mi abuelo Cata salía del hospital, lo esperaba con alegría, pero llegó su cuerpo frío.

Melany Mendezcarlo

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que te vi y me enamoré, me acuerdo que te vi y me desilusioné, me acuerdo que te veo y ya no puedo más. (KYRAM)

María del Carmen García Maza

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que nos íbamos temprano en la carreta a dejar la leche al pueblo y ahí desayunábamos una coca y una concha.

Yo también me acuerdo que me sentaba a leer en la mecedora de mi abuela uno de sus libros consentidos, cada vez que la visitaba.

Juan Carlos Carmona Sandoval

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que aprendí a leer porque no me gustaba que mis hermanos mayores me condicionaran la lectura del *Memín Pinguín*.

Stephany Mancilla V.

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que a los tres años aprendí de memoria la primera página de *Alicia en el país de las maravillas*, fingía haber aprendido a leer, engañando e ilusionando a mis papás, misma ilusión que se rompió al pasar a la siguiente hoja.

Yo también me acuerdo que de no haber sido por mis muletas que caían y golpeaban a Steff Albíter, ella y yo no seríamos BFF.

Adriana Hernández

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que le decía a mi papá:

— Papá, se rinde uno. Y él me respondía:

— Déjalos que se rían, ¡tú chíngale!

Nosotros también nos acordamos

Olivia Hernández

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de las visitas a mis abuelos, los desayunos y charlas dominicales en su casa.

Yessica Díaz

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que siempre me han querido engordar, pero no me siento flaca y pienso que como bien.

Yo también me acuerdo del olor a nixtamal mientras caminaba de la mano de mi mamá.

Claudia Segura Fonseca

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de defender mucho a los más desprotegidos: hermanos, compañeros de escuela, mascotas, mi vecina ancianita.

Gloria García Vilchis

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que *Las mil y una noches* que
leí en la prepa fueron las culpables de estudiar Letras.

Ma. del Socorro Zepeda Montes

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de la estatura de mi abuelo Pancho, lo veía desde mis cuatro o cinco años, y creía que tocaba el cielo.

Yo también me acuerdo de la prótesis auditiva de mi papá, nos decía que todas las noches “platicaba” con la dentadura de mi mamá.

Nosotros también nos acordamos

Nguyen Van Con Gohan

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de lo divertido que era jugar con canicas.

Yo también me acuerdo de que los cerdos son más inteligentes que los perros.

Angelina Colín Colín

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de la gran rampa que había abajo de la pantalla del Cinema 70.

Yo también me acuerdo que a mis hermanos y a mí nos llevaban a la matiné al Cinema 70 y lo que más disfrutábamos era el intermedio.

Lourdes Espinoza Bernal

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de las tardes después de la escuela donde mi única responsabilidad era hacer la tarea y mi única preocupación era que me quedara tiempo para jugar.

Yo también me acuerdo de los brazos de mi madre cuando mi rodilla sangraba.

Yo también me acuerdo cuando mi padre tenía una herida grande en su pecho y abrió sus ojos, entonces la esperanza de nuevo albergó mi ser.

Yo también me acuerdo de mis osos de peluche fracturados y curados, por mí, con papel higiénico.

Martha Elisa Aguilar

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que los sentimientos revolotean
ante la mirada del presente.

Yo también me acuerdo que el bosque era el refugio de
mi alma.

Yo también me acuerdo cuando me enamoré y perdí la
razón... aún no la puedo encontrar.

Ignacio Jafet Domínguez Peralta

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que un día quería un pay de limón. Fui corriendo con mi mamá por dinero para comprarlo, cuando regresé era el último pay.

Yo también me acuerdo que cuando la vi me enamoré, pero ese mismo día ya no la volví a ver.

Yo también me acuerdo cuando soñaba con tener un hermanito; ahora que me hace enojar, lo vuelvo a recordar y vale la pena.

Yo también me acuerdo cuando iba a Zacatecas; soñaba tener un día bello y ahora recuerdo que aún espero ese día especial.

Alaín G. Peñaloza

YO TAMBIÉN ME ACUERDO del olor de un libro viejo, abierto después de mucho tiempo: parece que quiere decirnos algo.

Yo también me acuerdo de mi fiesta de tres años: el pastel era enorme y grotesco; pero la ilusión mayor.

Marlenne Astrid P. Colín

YO TAMBIÉN ME ACUERDO del arcoíris que miraba desde la ventana cubierta por las gotas de lluvia.

Yo también me acuerdo de las horas de complicidad con Saramago, Benedetti, Paz y Sabines.

Yo también me acuerdo que tomaba café, sola, y él llegó puntual.

Yo también me acuerdo de las sesiones con la psicóloga.

Mónica Romero González

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que nos reuníamos toda la familia
y con mis abuelos en Navidad.

Yo también me acuerdo que jugaba con mis primos a
las escondidillas.

Alejandra Patricia Primero Gutiérrez

YO TAMBIÉN ME ACUERDO cuando escribí junto a él por primera vez; era como una pregunta y una respuesta, como juntar dos piezas de un rompecabezas.

Yo también me acuerdo cómo latía mi corazón tan rápido que no me dejó dormir toda la noche.

Yo también me acuerdo cuando escuché su voz tras un día de no charlar; lloré como si hubiera perdido a alguien.

Yo también me acuerdo de cuando subí a la azotea con mi amiga y quemamos las cosas de su novio.

Yo también me acuerdo de esas pláticas que nos dejaban exhaustos y satisfechos. Podían durar horas, aunque pareciera un solo minuto.

Yo también me acuerdo de mi maestra de literatura en la secundaria; dejó en mis manos mi libro favorito, me enseñó a amar la lectura.

María Consuelo Barranco Monroy

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que era mi cumpleaños número siete; me invadía la emoción por saber qué regalos recibiría; una muñeca, un juego de té, un vestido o un paseo por Chapultepec a las diez de la mañana con mi familia. Mis hermanos y yo llevaríamos nuestros juguetes preferidos y al final del día iríamos al cine.

Yo también me acuerdo que mi papá siempre acostumbraba despertarnos con *Las mañanitas*, interpretadas por Pedro Infante, a todo volumen; colocaba un disco de acetato de 45 revoluciones por minuto en su tocadiscos rojo —aún lo conserva—; y yo me levantaba y me ponía los zapatos para correr hacia mi papá y recibir los besos y abrazos que él y mi mamá me daban.

Yo también me acuerdo del pastel con forma de carrusel cubierto de merengue azul y rosa, con un relleno de

mermelada de fresa —muy dulce, pero muy rico—, que representa los gratos recuerdos de mi infancia.

Yo también me acuerdo de mi primer día en el jardín de niños... por más que le grité a mi mamá que me iba a morir sin ella, me abandonó.

Yo también me acuerdo cuando él me dijo que me quería para toda la vida y envejecer a mi lado. Entonces nos casamos.

Yo también me acuerdo cuando nació mi hijo Cristian; aún en el hospital, lo sostenía en mis brazos mientras lo contemplaba; no lo podía creer, Dios me sorprendió con el milagro más hermoso de mi vida. Conservé el asombro al nacer Ariadna y José Manuel.

Yo también me acuerdo de las historias que mi abuelito José nos contaba sobre revolucionarios —su tema preferido— que acompañaba con una frase para expresar su emoción, tristeza o enojo: ¡Hijos de Villa!

Nosotros también nos acordamos

Antonio Torres Granda

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que mi mamá nos bañaba los domingos muy temprano para ir a la casa de los abuelos.

Ana María Madrid Martínez

YO TAMBIÉN ME ACUERDO cuando un insecto era el mayor problema que tenía.

Yo también me acuerdo cuando Toluca vio una nevada verdadera.

Yo también me acuerdo de la frescura de la tierra entre los pies.

Yo también me acuerdo cuando recibí mi primer muñeca con peluche.

Yo también me acuerdo cuando descubrí los juguetes de Los Reyes abajo de la cama.

Yo también me acuerdo cuando fui gitana por unos minutos en mi infancia.

Yo también me acuerdo el sabor de las galletas de la abuela.

Yo también recuerdo cuando cambiaba tortillas por una paleta tutsi-pop.

Yo también me acuerdo cuando éramos niños y saltábamos la reja de Prepa 1 para poder jugar.

Yo también me acuerdo de mi fiel amigo de bigotes y cuatro patas.

Yo también me acuerdo de las risas sin motivo alguno.

Yo también me acuerdo cuando la palabra valía más que cualquier moneda.

Yo también me acuerdo cuando dormía más de cuatro horas.

Yo también me acuerdo cuando veía las gotas de la lluvia con nostalgia.

Andrea del Carmen Ceballos Cuevas

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que mi vida era feliz, que no me importaba el paso del tiempo, la niñez fue mi mejor época.

Yo también me acuerdo que dicen que la peor cosa en la vida es vivir en la ignorancia, pero tenemos que aceptar que la niñez donde aún vivíamos en la ignorancia absoluta, fue la mejor época.

Yo también me acuerdo que cuando veía a mis padres pensaba en cómo habían terminado ahí, los veía y sólo había un espacio vacío donde debería estar el amor, parecían estar atados por una cadena invisible que los hacía regresar si se alejaban demasiado el uno del otro.

Yo también me acuerdo despertar y creer ser otra persona, que mi mente se mezclaba con mis libros, en esos pequeños segundos de desorientación era tan feliz.

Yo también me acuerdo que deseaba morir que vivir,
hasta que comencé a escribir.

Yo también me acuerdo cuando lloraba en mi habitación
por las noches hasta quedarme dormida.

Carlos Gustavo Martínez Rueda

YO TAMBIÉN ME ACUERDO cuando a finales de los setenta en la UAEM la palabraocol no se asociaba a un pan de amasijo, sino al Comité Coordinador de Lucha de los estudiantes de Prepa 2.

Yo también me acuerdo cuando las computadoras no tenían disco duro y usaban discos flexibles de 5 1/4, con la impresionante capacidad de memoria de 16 kilobits.

Yo también me acuerdo cuando era muy sencillo distinguir a un estudiante preparatoriano de nuevo ingreso. Invariablemente se les veía rapados y angustiados por saber cuándo sería *la perrada*.

Yo también me acuerdo cuando en el Campus Universitario “El Cerrillo” únicamente estudiaban los *Mataperros* y los *Saca Papas* (veterinarios y agrónomos, respectivamente).

Yo también me acuerdo de aquellas clases de Lógica que nos impartía el padre Marchetti en Prepa 2, siempre vistiendo el mismo traje y fumando en el salón sin sacarse el cigarrillo de la boca.

Yo también me acuerdo que los Buitres no sólo eran aves carroñeras, también se les conocía así a los miembros del equipo de fútbol americano de la prepa 2.

Yo también me acuerdo cuando en la Preparatoria todo el mundo fumaba, pensando que el cáncer era sólo un signo del zodiaco.

Yo también me acuerdo cuando en la Prepa 2 *Los cocoles* te daban el *Libro rojo* de Mao y te decían: “léelo y róvalo”.

Yo también me acuerdo que el grito de guerra en la Preparatoria era: “¡Vámonos todos al cine!”.

Yo también me acuerdo que México no ganó un solo punto en el mundial de Argentina 78 con todo y que jugó el “niño de oro” Hugo Sánchez y estuvieron patrocinados por Adidas y Levis.

Yo también me acuerdo que en el 78 a la Selección Mexicana se le conoció como *La Selección de Acero*, de a cero puntos.

Yo también me acuerdo cuando los preparatorianos no podíamos ir los sábados a la matiné de cine porque ¡oh Dios mío!, esos días se aplicaban los exámenes.

Yo también me acuerdo que en el Mundial del 94 Mejía Barón se quedó con los cambios y en el Mundial del 2014 “no fue penal”.

Diana García Valdés

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que tengo recuerdos prestados.

Yo también me acuerdo que solía pensar que el mundo es muy grande.

Yo también me acuerdo de todas las veces que mi abuelito me mandó a peinar. Las mismas veces que no obedecí.

Yo también me acuerdo que tenía miedo de crecer, sigo siendo pequeña.

Yo también me acuerdo de las historias que inventé para no contar que mi brazo se rompió por una distracción al caminar.

Yo también me acuerdo que una de ellas implicaba a un caballo y la otra una patineta.

Yo también me acuerdo de esa mochila que me da arriba de la rodilla, que es café y que lleva más de 10 kg de paisajes, sueños, lágrimas y cosas de qué acordarme.

Yo también me acuerdo que no me gustan los círculos, los triángulos, los cuadrados ni la geometría.

Yo también me acuerdo de la mejor guerra que pudo haber pasado, eran las 3 de la mañana y la nieve no dejaba de caer.

Yo también me acuerdo que pensaba que el cielo tenía el mismo azul.

Yo también me acuerdo que en dos ocasiones mi abuelita se olvidó de mí en una pollería, y que llora de risa cada vez que se acuerda.

Yo también me acuerdo de la rama que era mi caballo, y que lloré cuando de pronto un día la hicieron dejar de cabalgar.

Nosotros también nos acordamos

Yo también me acuerdo que me quería acordar.

Yo también me acuerdo que no... no desayuné.

Yo también me acuerdo que solíamos buscar teléfonos que cupieran en el bolsillo.

Yo también me acuerdo que aprendí a extrañar cuando empecé a ver.

Martha D. Gómez Flores

YO TAMBIÉN ME ACUERDO cuando mis hermanos (dos mujeres y un hombre) éramos pequeños. No había computadoras en casa ni andábamos celulares en mano, Iphone o Ipad, mandando mensajes con los novios o amigos.

Yo también me acuerdo de una casa que queda en una calle medio empinada, y una de las formas que mi hermano utilizaba para divertirse con los vecinos era dejarse descolgar toda la bajada en una avalancha; pero no como las que anunciaba Chabelo, no; ellos las construían con una tabla de gruesa madera y conseguían lo que llamaban balines para las llantas.

Yo también me acuerdo que el volante de la avalancha no era otra cosa que un par de palos conectados a otro, donde iban las llantas delanteras y un pedazo de lazo para cambiar –o intentar hacerlo– de dirección. Cuando

querían frenar, Pedro Picapiedra era un buen ejemplo, bajaban el pie y ¡a desgastar los zapatos se ha dicho! Los jalones de orejas de mi mamá por rasparlos vendrían después.

Yo también me acuerdo de los tiempos en que las posadas se hacían en la calle sin ningún problema, en que podía tener ventanas y puertas abiertas y no pasaba nada. En que podíamos ir y venir a la escuela caminando, a oscuras incluso, sin miedo a sufrir un asalto.

Yo también me acuerdo que nuestras cartas invariablemente eran enviadas desde la oficina de correos, previa compra del timbre postal, y que para poder pegarlo en el sobre lo pasábamos por la lengua.

Mauricio Gutiérrez Cortés

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que un día sentí que el hogar está donde me lleva el corazón.

Yo también me acuerdo de ti, aunque estás siempre conmigo.

Yo también me acuerdo que mi abuela y yo guardamos un secreto. Era 1987 y, a escondidas de mi papá, me obsequió más pesos de los que nunca había tenido, y con ello compré dulces para todos mis amigos.

Yo también me acuerdo de la última vez que platicamos, era noche y me contabas de nuevo cómo llegaste a la ciudad y creciste a tus hijos. Entonces no sabía que mi papá muy pronto te extrañaría mucho.

Yo también me acuerdo que creía que mi vida era difícil por no haber tenido cosas. Hoy sé que tuve todo lo que

un niño necesita para vivir y crecer: una familia amorosa, el ejemplo cotidiano de alegría y trabajo, y una casa pequeña para no perderme de la caricia de mamá y papá.

Yo también me acuerdo del día que nació mi hermana. Mi papá me llevó al circo un fin de semana antes de que llegara con nosotros a casa. Desde entonces todo recuerdo de ella es feliz. Creo que es la lección que me enseña desde entonces.

Yo también me acuerdo que solía no entenderte. Ahora que veo el ejemplo que nos has dado y la libertad con que nos has dejado crecer, te admiro.

Yo también me acuerdo que mi bisabuela era una mujer hermosa. Su belleza no fue física sino espiritual. Pasamos muy poco tiempo juntos, pero nunca olvidaré cuando me pedía ayudarlo a caminar hasta la esquina de su casa, la sensación de sus manos en mis mejillas y jugar con pelotas de espuma para ayudarlo a ejercitar los dedos.

Yo también me acuerdo que hay años que no recuerdo. Supongo que el olvido es inseparable del recuerdo.

Yo también me acuerdo de los viajes en auto a la playa. Papá siempre nos despertaba para poder ver el mar al amanecer.

Yo también me acuerdo que, luego de muchos años, tú me enseñaste a escribir pensando en quien me lee.

Yo también me acuerdo que alguna vez me compartiste unas horas de tu trabajo y, desde entonces, pasaron diez años en que quise ser como tú. Ahora entiendo que siempre me enseñaste a tener el valor de ser yo mismo ¡Gracias!

Yo también me acuerdo de cada lugar en los que he sentido la energía de vivir y estar. Se siente una luz profunda que revela por un momento la existencia.

Yo también me acuerdo que de vez en cuando, inesperadamente, escuchas en voz de alguien más lo que tu corazón desea gritar.

Patricia García Chávez

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que, cuando tenía cuatro o cinco años, me entretenía arrancando las patas de las arañas patonas que se escondían en una vieja pared de adobe de la casa de mis abuelos. Hoy me dan miedo las arañas.

Yo también me acuerdo que cuando más lo necesité, cuando más triste y desesperada me sentí, recibí —además de un fuerte y cariñoso abrazo que me llenó de energía y buena vibra— la oportunidad de ver la vida de una forma distinta. Gracias IVT por esto y por más. Te quiero.

Yo también me acuerdo con añoranza, ilusión y mucho amor, de mi boda. Recuerdo con alegría que, aun cuando la misa se realizó a una hora poco común (11:00), las bancas de la iglesia del Carmen estaban llenas de gente querida. La iglesia lucía hermosa, totalmente iluminada. Recuerdo entrar del brazo de mi papá, y del padre carmelita que dijo un sermón muy lindo. Entonces

Sergio me miró a los ojos, dijo con voz franca, nerviosa y entrecortada “Te amo”. Y, enseguida, se desmayó. Lo bueno es que fue después de dar el sí. Unas horas más tarde, estaba sonriendo. Ése ha sido uno de los días más felices de mi vida. Te amo.

Yo también me acuerdo que fui una niña solitaria.

Yo también me acuerdo que me gustaba entrar a la cocina cuando mi mamá estaba cocinando. El olor a leche que estaba formando nata, a frijolitos recién guisados, a algún pastel dentro del horno; hasta el despertar con el aroma a huevos revueltos con frijoles era lo máximo. Gracias a eso, y con lo poco que le pude aprender, puedo hacer felices a mis hijos.

Yo también me acuerdo todos los días de mis amigas.

Yo también me acuerdo, no sin extrañarlo demasiado y con mucho amor, de mi papá. Pá, hasta donde estés, te mando un beso con todo mi cariño.

Yo también me acuerdo que me gustaba mucho hacer piñatas. Mi mamá Tere tenía en su casa un tapanco lleno de ollas de barro. La bola de hermanos y primos empezábamos a pegar en la olla redonda pedazos de

periódico con engrudo, dejábamos secar todo un día. A la mañana siguiente, pintábamos o pegábamos papel crepé. Una forma muy artesanal de tener una piñata. Las vacaciones eran para romperlas.

Yo también me acuerdo que cuando era niña y mi mamá horneaba algún delicioso pastel, entre los hermanos nos peleábamos por la masa cruda que se quedaba en la pala de madera.

Yo también me acuerdo de cada uno de mis embarazos. Cada uno tan similar y a la vez tan diferente. Cómo con fe, amor, esperanza, miedo, alegría, esperaba el día para conocer a la personita que se estaba formando dentro de mí y que, con cada uno de sus movimientos (los cuales, entre más crecía el chamaco más dolían) me decía: –Aquí estoy, cántame, cuéntame un cuento, ríe, llora, come. Todo mi amor, cariño y entrega para ustedes Toti, Mimi y Flaco.

Yo también me acuerdo de cómo lloré cuando perdí a mi primer bebé. Gracias Dios por los otros tres.

Yo también me acuerdo de mi abuela paterna Noya. Cuánto me quería pero ¡Ah, cómo era mula con mi mamá!

Yo también me acuerdo de mi abuelo materno. Mi papá Chucho siempre tan de buen humor. Un doctor con un corazón tan bondadoso y servicial. Siempre que íbamos a verlo a su consultorio, nos regresábamos a casa caminando por El Portal (el de Hidalgo), y nos compraba a todos un helado de Rafael.

Yo también me acuerdo todos los días de no acordarme.

Yo también me acuerdo del café diario que tomábamos con mi mamá Tere todas sus hijas y nietas. Después vinieron las bisnietas. Generalmente en *Vips* (el primero que hubo en Toluca), y después cambiamos a Sanborn's. En las tardes nos reuníamos para jugar cartas. ¡Qué buenos recuerdos!

Ramón Hernández Tella

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de lo maravilloso que se veía el mundo entero a través de las burbujas de jabón que salían de esos frascos de Gerber que vendían en la Alameda de Toluca. Soplabas fuerte en el aro de alambre con estambre y hacías burbujas de todos los tamaños; desde esas grandes que salían alargadas, hasta las pequeñitas, dependiendo del color del jabón que usaras. Los más peleados por los niños eran el verde y el azul, para las niñas el rosa era el favorito.

Yo también me acuerdo que los cerros de Toluca se veían más verdes, los árboles más altos y robustos pero, sobre todo, esas burbujas sirviendo como lentes le daban textura a todo; desde la piedra de la plancha hasta la escultura de Cuauhtémoc, pasando por la madera y cadenas de las sillas voladoras, el piso del carrusel de coches de carreras, o los inmensos y olorosos huaraches de nopales con cilantro.

Yo también me acuerdo que el cielo era más azul, el aire más limpio y que en Toluca había menos ruido. Todo eso se lo podemos atribuir a las burbujas de jabón de los frascos de Gerber, o tal vez a la inocencia de la infancia. Lo he intentado comprobar, pero tiene años que no encuentro burbujas en la Alameda, y más años todavía que dejé de ser niño.

Stephanie Albiter

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de *La Negrita*, muñeca de vestido rojo, cabello rizado y piel de chocolate que me acompañó en mi infancia; me arrepiento cuando me acuerdo que, en un arranque de pubertad, me deshice de todos los juguetes, porque “era momento de crecer”.

Yo también me acuerdo del color del salón y a mi mejor amiga sentada en la orilla, el primer día que me cambiaron de grupo en la primaria.

Yo también me acuerdo de las noches debajo del escritorio de mamá, esperando que terminara de trabajar.

Yo también me acuerdo de la primera vez que entré al taller de impresión del periódico donde creció mamá. Ese recuerdo siempre viene acompañado del inconfundible olor a tinta y las gigantes imágenes de los rollos de papel.

Yo también me acuerdo de las caras de extrañamiento/preocupación de mis compañeritos y maestras de la primaria, cuando les decía que mis papás estaban separados.

Yo también me acuerdo de la cocina y las recámaras de El Islote, rancho de mis abuelitos donde dejamos no sólo recuerdos y tiempo, sino una parte importante de nuestro corazón.

Yo también me acuerdo del barco marinerito en tonos azules con trazos infantiles (manualidad del día del padre), desentonando con toda la decoración; pero que mi abuelito colgó y orgulloso presumía en la cantina del rancho.

Yo también me acuerdo cuando mamá me llevó a mi primer Feria del Libro. Ese edificio que parecía inmenso, años después se convertiría en mi lugar de trabajo.

Yo también me acuerdo cuando mamá me traía de sus giras de trabajo las cajitas con *lunch* que les daban a los reporteros ¡Era emocionante lo que podías encontrar!

Yo también me acuerdo cuando nació mi sobrina consentida. Su llanto me puso la piel de gallina y me hizo sentir mariposas en el estómago.

Yo también me acuerdo del olor a humedad tan particular que tiene Villa Guerrero, y los espléndidos atardeceres que me han acompañado muchas veces al volver a casa.

Yo también me acuerdo cuando mamá me llevó a una “consulta infantil y juvenil”, para mostrarme la importancia de ejercer y mostrar nuestra opinión.

Yo también me acuerdo que mamá siempre dice: “Las cosas las haces bien y a la primera, o mejor no las haces”.

Yo también me acuerdo cuando los Reyes Magos llegaron al rancho, y yo no sabía cómo me habían localizado fuera de casa.

Yo también me acuerdo la primera vez que elegí mi ropa yo solita y me gustó que combinaran los colores.

Yo también me acuerdo que me desespera que los cuadros no estén alineados.

Yo también me acuerdo cuando me abrí la cabeza. El consultorio donde me cosieron, la inyección de anestesia, la cara de preocupación de mamá, la *Polly Pocket* que me dieron por “ser valiente” y lo orgullosa que me hacía mostrar mi parche, como herida de guerra.

Yo también me acuerdo cómo el Sol entraba por la ventana. Se reflejaba sobre el edredón blanco y llenaba de luz la habitación en la que viví durante mi experiencia de intercambio a Chile.

Yo también me acuerdo cuando llegó por correo electrónico mi carta de aceptación a la Universidad de Concepción en Chile.

Yo también me acuerdo de cada paso que di, cada espacio que visité, cada foto que tomé y la sensación de estar en una casa familiar, en un país diferente. Yo también me acuerdo de los árboles que vi por la ventana del pasillo cuando llegué a la casa de huéspedes en Chile.

Yo también me acuerdo de cada uno de los detalles de los seis días que pasé antes de volver a casa, después del terremoto del 27 de febrero de 2010 en Chile. Recuerdo que no me gusta recordarlo.

Yo también me acuerdo de la primera vez que vi mi primer departamento y la incertidumbre, miedo, tristeza, soledad y miles de emociones encontradas los primeros meses.

Yo también me acuerdo de mis abuelitos bailando cada que escucho *Perfume de Gardenias*.

Yo también me acuerdo del olor a tierra mojada, flores y pan de la plaza de mi pueblo.

Yo también me acuerdo del olor peculiar entre humedad, medicina, chocolates y sabiduría que tenía la batita de mi abuela.

Yo también me acuerdo de las mariposas en el estómago y emoción que da sentirse enamorado.

Yo también me acuerdo de los besos de mi abue, de la altura y elegancia de mi abuelo, de los abrazos pachoncitos de mamá y del cabello rizado de mi sobrina.

Yo también me acuerdo de la maleta de recuerdos que dejé en el fondo del clóset en casa de mamá.

Nosotros también nos acordamos

José Isaac Ruiz Nava

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de la emoción sentida en mi
primer día en la UAEM.

Eva Laura Rojas Almazán

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que el acordarme es como un ejercicio de conciencia.

Yo también me acuerdo de las charlas sostenidas con mis sobrinos en una magia de pensamientos compartidos y cómplices, toda una aventura...

Yo también me acuerdo de mi infancia tan linda que viví, y cómo no recordar esos viajes en tren con la abuela Pilar.

Yo también me acuerdo cuando alguien dijo que no llegaría y llegué.

Yo también me acuerdo que recordar es “volver a pasar por el corazón”.

Judith Madrid Hernández

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que cuando era niña me gustaba mucho saltar la reata, pasábamos muchas horas jugando, era tanta la emoción de aquel momento que por la noche me levanté sonámbula a seguir brincando, hasta que me despertó un grito: ¡dejen dormir!

Yo también me acuerdo que me daban de domingo un peso, era una moneda grande, pesada y reluciente, de verdad era de plata, me alcanzaba para comprar muchos dulces o a veces para unos aretes de fantasía, largos con piedritas de colores que se balancearan.

Yo también me acuerdo que una vez fui a alcanzar a mi mamá a la misa, desde la entrada la ubiqué y me senté a su lado, pero cuando volteé a verla resultó que era una señora muy parecida, al menos de lejos; cuando conté lo sucedido a mis hermanas nos reímos mucho.

Yo también me acuerdo de las preparaciones químicas que mis papás hacían para aliviar algunos males, trabajaban en un mueble de madera color café oscuro, donde había unos bonitos frascos de porcelana que contenían sustancias químicas, una balancita y los morteros; allí preparaban jarabes, cápsulas o pomadas que aliviaban la tos, diarrea, gripa o erupciones.

Nancy Torres Ortiz

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que me gustaba ir a la matiné del domingo al cine Florida y que me compraban un helado napolitano en una copa larga y blanca, aunque tenía que compartirlo con mi hermanita.

Yo también me acuerdo que me puse muy feliz cuando aprendí a andar en bicicleta.

Yo también me acuerdo que disfrutaba mucho jugar beisbol y hacer pelotas con los calcetines de mi papá.

Gabriela Coppola

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de mis hermanos sentados alrededor de la mesa. Cinco mujeres y un varón. Mi padre de pie frente a mi madre, en el instante más preciado, congelado como una impronta en mi mente infantil, mientras le entregaba el tesoro anhelado por todos nosotros: la caja amarilla.

Yo también me acuerdo que la caja amarilla estaba diseñada en su tapa con la representación de la imagen perfecta de una familia feliz como creía que era la mía. Diseños en punto de cruz con una casita, un corazón, algunos jarrones con flores, un auto de los años veinte y el letrero en inglés que colgaba: *Home sweet Home*.

Yo también me acuerdo del ritual que hablaba de tiempos de bonanza, ¡se había podido conseguir la caja amarilla! Y ahí estábamos para recibir nuestra parte del botín.

Yo también me acuerdo que, en la búsqueda de la equidad, éramos absolutamente iguales como cuando mi mamá nos vestía con el mismo modelo aunque hubiera una diferencia de diez años entre la más grande y las pequeñas, hasta a veces llegaba a imaginar que a mi padre y hermano también los vestía igual para la emocionante repartición.

Yo también me acuerdo de la tarea y el reto que era escoger de uno en uno el chocolate de ese día. La magia era el encanto de disfrutar el momento mientras mi mano diminuta viajaba hasta la caja y elegía sin conocer el sabor que me esperaba.

Yo también me acuerdo que nunca logré probar todos los chocolates. Solamente nos duraba cuatro días el placer, dos niveles con dieciséis chocolates cada uno. La caja mágica hacía que se olvidaran celos, problemas, rencillas y diferencias, cubriendo el momento con un delicioso y azucarado dulce instante.

Yo también me acuerdo que aprendí que los recuerdos no existen. No están. No son. Si llega a confundirse la sensación de algo parecido o similar a lo que se dice “recuerdo”, es porque logró esconderse entre la piel y los sentidos.

Yo también me acuerdo que al final comprendo que soy yo misma reconstruyendo las ideas, los pensamientos, al arbitrio del momento y aderezándolo con la emocionalidad que me invade en el instante aparente de lograr un recuerdo.

Miguel Peraza

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que mis primeras lecturas de acercamiento a la Biblia las hice con mi padre, era un estudioso tanto de la historia como de la poesía de estos libros. Juntos reímos cuando pasábamos por el capítulo 2 versículo 7 del Génesis, en donde se describe que Dios creó al hombre del polvo de la tierra.

Yo también me acuerdo que mi padre y yo pensábamos que de entre las muchas virtudes y talentos de Dios, podría estar la de ser el primer plástico. Es decir, el antecesor directo de nuestro oficio como escultores, suspirábamos al compartir una de sus tareas.

Yo también me acuerdo que –apasionado como soy de los descubrimientos del Cosmos, seguidor de Asimov, Sagan o Hawking entre muchos otros– he llegado a pensar que si la Biblia hubiese sido escrita en nuestros días, seguramente el versículo que aprendí con papá, bien

podría leerse: Dios creó al hombre de polvo de estrellas. Confieso convencido que nuestro oficio se desprendería de los límites planetarios, para viajar libremente por nevaduras desconocidas del Universo.

Yo también me acuerdo que mi memoria está hecha de recuerdos, tantos, que a veces se agolpan, otros tan vagos que es difícil despertarlos. Sin embargo, sé que están ahí, a veces creo que es porque no me conviene y pudieran incomodarme o inquietarme más de lo necesario. Pero cuando vienen, no sé de dónde, si porque oí o escuché algo que los relacionan, simplemente aparecen, entonces son como confesiones a mí mismo.

Yo también me acuerdo cómo llega a mi memoria el más breve y sensual de mis enamoramientos. Durante un viaje en avión de México hacia Europa, mientras estaba en la sala de espera, veía cómo niños y padres convivían, pensé –Espero no me toquen cerca, estoy muy cansado y me gustaría dormir.

Yo también me acuerdo que, mientras colocaba mi mochila en los compartimentos vi que mi acompañante de viaje era una joven y hermosa mujer, con quien durante todo el trayecto no compartíamos ni el saludo.

Yo también me acuerdo que, vencidos por el cansancio ambos quedamos dormidos. Sin embargo, por un momento entre sueños sentí cómo delicadamente ella se acurrucó, dejando caer su cabeza sobre mis piernas. No sentí sorpresa ni temor, coloqué mi brazo por encima de su cintura, se abrieron mis sentidos sin poder dejar de percibir su genial anatomía, quedé nuevamente dormido.

Yo también me acuerdo que nos despertó el tiempo del desayuno; se incorporó, creo que apenas balbuceó en algún idioma unas palabras, llegamos al destino, cruzamos una mirada para no volver a saber ninguno del otro.

Julia

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que empecé a leer *Yo también me acuerdo* de Margo Glantz. Sus recuerdos me llevaron a mis recuerdos.

Yo también me acuerdo del día en que mi mamá me llevó a elegir la muñeca que le pediría a los Reyes Magos. Elegí una morena, ellos me trajeron una rubia.

Yo también me acuerdo que me contaron que, aunque siempre se portó bien, a mi papá no le llegaban los Reyes Magos. Pienso que quizá fue porque su mamá había muerto, y no había quién les enviara la carta.

Yo también me acuerdo del día que descubrí a los Reyes Magos. Me trajeron un Chapulín Colorado montado en un caballo ¡Cosa más rara! Ellos no se dieron cuenta que esa noche vi la ternura reflejada en sus rostros.

Yo también me acuerdo que mi primer día de clases mi mamá me acompañó a la primaria, me indicó cuál sería mi salón y se fue a casa. Me acuerdo que esa tarde regresé a casa caminando solita.

Yo también me acuerdo de Idalia, la profesora que me enseñó a leer y escribir. Me acuerdo que ella dice que fui la única de esa generación que concluyó una licenciatura.

Yo también me acuerdo de los tres kilómetros que caminaba diariamente para llegar a la primaria, tengo presente el verde del campo, sus veredas, el sonido del búho y el gran portón de madera del Seminario que todos los días veía en mi trayecto. Me acuerdo que era otro México.

Yo también me acuerdo de la primera vez que fui a Toluca. Mi maestra de sexto grado me envió a comprar un pastel para celebrar el Día del Niño. El autobús se hizo como 40 minutos de trayecto, mi mamá nunca se enteró.

Yo también me acuerdo del Seminario de la Hacienda de Santa Cruz de los Patos donde jugábamos todas las tardes. Me acuerdo de los cuentos que contaban los seminaristas y del sonido de las guitarras que tocaban. Los domingos íbamos ahí a misa, a los niños nos ubicaban en el segundo

piso de la iglesia. Me acuerdo de la biblioteca y de la huerta, del árbol de tejocote rojo, de los perales, del nogal y del capulín. Me acuerdo de cada sabor.

Yo también me acuerdo que uno de mis primeros libros fue *La revolución rusa*, me aprendí el nombre de Vladimir Ilich Ulianov antes que el de los héroes que nos dieron “Patria y Libertad”. También me acuerdo que Lucy me compró un disco de rondas infantiles, así, *Mambrú se fue a la guerra* sustituyó el contenido revolucionario de la música de protesta que escuchaba a los seis años de edad.

Yo también me acuerdo del momento en que nació cada uno de mis hijos, no fui una madre de telenovela que derramó lágrimas, pero sí puedo decir que son los momentos más hermosos de mi vida. Son mi vida.

Yo también me acuerdo de cuando lo conocí, tanto como del día en que partió. Me acuerdo de su último suspiro, tanto como de la tranquilidad de su rostro. Me acuerdo de su fuerza, de su lucha, de su sentido del humor, de su estilo, de su entereza. Me acuerdo siempre y me acuerdo tanto.

Yo también me acuerdo que me gusta la Navidad. Es una fecha en que los seres humanos hacemos un balance sobre lo que hemos hecho, lo que dejamos y lo que

nos proponemos hacer. Para mí, en estricto sentido, la Navidad es una especie de sincretismo temporal.

Yo también me acuerdo que Madrid, Santiago y Moscú han sido parte de mis sueños desde niña. Muchas veces me imaginé en la Puerta de Alcalá, caminar frente al Palacio de La Moneda o quedar paralizada frente a la belleza de la Plaza Roja. La vida aún no me ha permitido llegar a esta última. Santiago me quedó a deber, mis expectativas eran más altas. Madrid, en cambio, siempre estará anclada a mí.

Yo también me acuerdo de la cena en mi casa no preparada por mí, de tu mirada bruja que se cruzó en varios momentos con la mía. Aún me sorprende que haya aceptado el canje del vino por el agua ¿no la Biblia indicaba justo lo contrario? Quedamos en desayunar al día siguiente, y me sorprendiste con esa *Tiffany Provocation*.

Bertha

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que la casa de mis abuelos paternos estaba en un ángulo de la plaza principal donde se instalaba la feria del pueblo.

Yo también me acuerdo que mi hermanito, de cuatro años de edad, dos menor que yo, empujaba los caballitos. Como sucede en muchos pueblos, se invitaba a comer mole a los familiares y amigos que vivían en la ciudad. Uno de ellos era padrino de mi hermano, llegó acompañado de su esposa, al llegar preguntó por su ahijado. Yo entendí la importancia del evento y a toda prisa fui a buscarlo, él estaba chorreando de sudor y tenía la cara sucia, así que se la limpié con saliva, lo peiné y lo llevé presentable a saludar a su padrino.

Yo también me acuerdo que mi prima y yo caminábamos a la escuela, antes de llegar alguien nos dijo que ya era muy tarde y no dejarían entrar. Sin preocupación

seguimos jugando: hacíamos cucuruchos con hojas de la libreta y las llenábamos con piedritas. Uno de los comandantes desde su camioneta dijo: —Ah, con que no entraron a la escuela, ¿eh?, nos las vamos a llevar. Recogimos nuestras cosas y empezamos a correr. Al cabo de un kilómetro llegamos al puente, bajamos al río y ahí esperamos hasta que imaginamos había pasado el peligro. Yo aún le suspiro a un portaminas que mi papá me había comprado y que, para no perderlo, lo llevaba al cuello colgado con un cordelito y ese día no supe dónde quedó.

Yo también me acuerdo que Mari me acompañó ese día. Estaba segura que regresaríamos porque tenía que entregar mi tesis en la Escuela Normal, pero cayó una tormenta que inundó las dos cañadas. Le dije a don Tomás y a los padres de familia que teníamos que regresar a Toluca. Él me dijo que corríamos peligro, pero insistí; entonces nos apoyaron para cruzar a caballo, pero cuando empezó a reparar nos asustamos y decidimos hacerlo caminando. Con la mochila a cuestas, tomadas de la mano empezamos a cruzar el río, mirando el paso de infinidad de hojas y ramitas sobre el agua helada y café que nos llegaba arriba de las rodillas. Un poco de vértigo fue suficiente para aceptar con humildad que lo prudente era quedarnos en la comunidad. Esa tarde, como tantas otras, nos ofrecieron abrigo, calor de hogar y una deliciosa

cena con atole y tortillas calientes, recién hechas por las amorosas manos de las mujeres campesinas.

Yo también me acuerdo del día que amanecí afónica. Mi grupo era de primer grado y los niños todavía no sabían leer, por lo que no podía comunicarme con ellos por escrito. Pensé que con el material didáctico sería fácil conducir algunas actividades. Aun así, necesitaba expresar algo. Me acerqué a un niño y le dije al oído con voz muy baja — Dile a tus compañeros que hagan esto. Él, muy obediente, se acercaba a sus compañeritos y en el mismo tono, casi en secreto, les decía: — Dice la maestra que... Yo, un tanto desesperada por mi afonía, le ‘gritaba’: —Nooo, así nooo, háblales fuerte, muy fuerte.

Yo también me acuerdo que nomás de verlo, se antojaba el agua brotando de las entrañas de la tierra. Muchos niños y jóvenes saltaban desde un trampolín que no era muy alto. Mi niña mayor, que tendría unos seis años, pidió a su papá que la esperara abajo, dentro del ojo de agua, porque también quería saltar.

Yo también me acuerdo que mi niña interior me pidió saltar. Disimulando el terror me formé detrás de los clavadistas que se lanzaban uno a uno. Nerviosa, al mirar la altura, quise hacerme a un lado, pero los chicos me

decían, — No señora, aviéntese, se siente bien padre. Sentí la presión y me alisté para dar el salto.

Yo también me acuerdo que fue una eternidad entre el sí y el no. Al dar el paso hacia adelante fue como caer en el vacío. Mi inconsciente, indeciso aún, buscaba asirse a la orilla del trampolín. Como no fue un salto decidido, caí al agua en línea recta donde había rocas. Los que miraban el espectáculo se asustaron, yo comprendí que para aventarse en todo momento, hay que hacerlo siempre con decisión. Sigo aprendiendo.

Marthel

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de la sensación de libertad. Ave volando con el viento en el rostro, el vuelo de mi faldita en las piernas. Miraba el valle a mis pies en esa tarde de rojo sol y correr y correr en el techo de la iglesia de mi pueblo. Aún recuerdo el grito que don Lupe, el sacristán, emitió desde la torre –¡Niña ya bájese, se va a caer! –Me encontraron, pensé, el vuelo ha terminado. Tenía seis años. –Algún otro día don Lupe se descuidará y dejará abierta la puertita de la torre.

Yo también me acuerdo que el ataúd entró por la estrecha puerta de hierro, después de los rezos no cabía para salir. O la puerta se achicó o el ataúd se expandió. Lo comenzaron a voltear. Los que lo cargaban casi lo ponen de lado. Alguien comentó que eso ya era falta de respeto, tuvieron que quitar un cristal de la ventana del fondo de aquel salón para poder sacar a mi abuelito (Los funerales de mi abuelo).

Yo también me acuerdo que después del sepelio de mi abuelito llovió tanto que creí que la caja se inundaría, no podía borrar esa imagen de mi cabeza. En la comida había mucha gente recordando sus aventuras e innumerables buenas acciones. Todos reímos y cantamos a coro sus canciones, aquello se volvió una fiesta.

Yo también me acuerdo que esa mañana había peleado con la tía que más quiero. Salí a caminar y –aunque era tarde– el cielo aún estaba claro. Las calles eran como las había descrito mamá: limpio, en orden, los periódicos y revistas en los buzones respetados en su lugar, mientras los recogían sus respectivos dueños. La gente cruzando por las esquinas. Cuando me di cuenta, en lugar de ir hacia el río me encontré con la vieja estación del tren, uno de los pocos vestigios en pie después de la guerra.

Yo también me acuerdo que tenía hambre y decidí comprar una hamburguesa, la fila era larga. Me sentía cansada y triste, decidí llevar una para mi tía. Me atendió una dama que luego de explicarle: –Ich No sprechen deuch, me sonrió y dijo: –Waith waith. Se fue y regresó con una rosa, grande y fresca para mí. Agradecí con una mueca en vez de sonrisa, los ojos se me llenaron de lágrimas. Sentí la presencia de mi madre en Frankfort.

Yo también me acuerdo del edificio medio descuidado, lleno de piedras y fierros, con un viejo horno en la entrada y un martilleo constante que se escuchaba hasta la calle. Grité –Hola...! Paró el golpeteo, salió un señor con camiseta vieja, pantalón de mezclilla raído, un gran bigote pintado de canas y pelo ondulado. Me inhibieron sus grandes ojos azules, sentí algo de miedo, supuse que era algún albañil que ahí trabajaba. Pregunté por las clases, me dijo que eran vacaciones, que no había nadie. Lo confirmé, era un albañil, me pareció extraño que fuera tan guapetón, entrado en años y con ojos azules (En un taller de escultura).

Yo también me acuerdo que la llamada se tornó rara cuando mi tía dijo: –A ti no te lo puedo ocultar, me voy a morir, ya no quiero tratamiento alguno, ya viví mucho y ahora me iré con Carlo (muerto hacía 20 años). Me dolió, no me atreví a decirle que me hubiera gustado correr a abrazarla. Me daba miedo que se sintiera por no haberla visitado en meses. Cuando por fin decidí confrontar su condición llegué con un gran ramo de rosas rojas, sus favoritas. Ella dijo: –¡No sabes cómo extraño a Carlo! Que alguien me abrace como él lo hacía –miro alrededor– No sé quién va a valorar mis cosas, lo único que sé es que debí viajar más y no acumular objetos, tantos objetos (Charlas de la tía Emmy).

Paloma Cuevas Ramos

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que las tardes pasaban lentas. Salía del kínder y caminaba de la mano de Conchita, sus manos eran finas y sus dedos largos. Le gustaba pintarse las uñas de rojo, a mí me sorprendían lo rojos que se veían sus dedos tan morenos. Como mi manita desaparecía en la suya, me hacía sentir protegida y al mismo tiempo libre.

Yo también me acuerdo que Conchita era una mariposa. Me tomaba de la mano y al mismo tiempo me dejaba volar. Yo iba brincando de cojita, primero un pie y luego el otro, eran muchos brincos antes de llegar a la tienda. Ahí, cuando el cambio del dinero de mamá sobraba, me compraba un chocolate, lo partía en dos y nos íbamos saboreando los brincos hasta la casa. Al llegar me decía: – Lámete los bigotes, minina –era su forma de decirme mi niña– y yo sonreía.

Yo también me acuerdo que Conchita era mi nana, pero era mucho más, era como una hermana mayor. Llegó un día a la casa con sus ojos negros y grandes, sus chinitos mulatos y su cuerpo de súper modelo. Trajo a mi casa el calor de Chiapas, la risa de agua clara y la mirada de travesura. Me gustaba verla peinarse y cantar.

Yo también me acuerdo que Conchita siempre estaba cantando, de hecho es culpa suya que yo me sepa todas las canciones de Juan Gabriel (conste que no dije que me gusten, pero de que me las sé, me las sé); y es que podría caerse el mundo a pedazos, pero ella jamás se perdía la hora de su divo. Cantaba en la mañana al despertarnos, mientras calentaba el agua para preparar el café, mientras ponía la mesa y cuando hacíamos las tareas. Cuando Conchita se fue, la vida se detuvo por un buen rato.

Yo también me acuerdo de mi mamá Cotita. Era, es y será siempre todo un símbolo para mí: con su mirada altiva y su bella sonrisa. Fue capaz de hacer que la vida de sus hijas diera un vuelco, fue revolucionaria en una época en la que las mujeres de Chiapas no estudiaban. Se atrevió a contradecir al mundo y aún contra los deseos de mi abuelito hizo que mi madre y mi tía Alba fueran a Tuxtla a estudiar. Toda una odisea salir de su mundo y llegar a uno más vasto. Ahí la frase: “Hay aves que cruzan el

pantano...” y así fue, mi madre y mi tía fueron guerreras de distintos ejércitos, pero siempre vencedoras.

Yo también me acuerdo que mi mamá Cotita transformó su mundo cambiando ella misma y me dejó la mejor herencia del mundo: “el valor de ser siempre yo misma”.

Yo también me acuerdo que mi mamá Cotita y mi papá Heroncito caminaban todas las tardes “tomaditos del dedito”. Era su expresión tierna para estar siempre juntos. Ella usaba vestidos oscuros abajito de la rodilla, porque: “era una señora, y las señoras respetables no andan enseñando las rodillas”. Su cabello siempre bien peinadito y mi papá Heroncito con sus pantalones bien planchaditos y su sombrero Tardan.

Yo también me acuerdo que papá Heroncito llegaba de trabajar y mamá Cotita le servía la comida, platicaban juntos y luego salían a caminar. Ella se ponía su chalina y él su sombrero, se iban caminando juntos hasta llegar al parque central y de regreso. A la gente le gustaba verlos y saludarlos, y a ellos que los miraran juntos, era su romántico exhibicionismo, las tardes eran plenas y el mundo era bueno.

Yo también me acuerdo que cuando las tardes eran demasiado calurosas y ni papá Heroncito ni mamá Cotita salían a caminar, entonces se servían una deliciosa taza de café y salían al corredor a tomarlo juntos en las perezosas, ahí veían a sus hijos jugar un rato y bromeaban sobre la vida y sobre la muerte.

Yo también me acuerdo que mamá Cotita y papá Heroncito se prometían que el que muriera primero vendría por el otro. Y así fue, cuando ella murió no pasaron más de quince días y papá Heroncito fue a reunirse con ella, no soportaron pasar más de quince tardes separados. Ellos me enseñaron el valor de amar, de respetar al otro, de dejar ser, de no sofocar, y es por ello que creo que aunque no encontré el amor perfecto encontré el amor adecuado.

Yo también me acuerdo que mamá Cotita era muy vanidosa, además de hermosa e inteligente. Cuando una tarde de junio mi padre descubrió que tal vez ella tenía cáncer ya era demasiado tarde, su cáncer de estómago se propagó rápidamente, ella lo recibió con filosofía y estoicamente, aunque todos los que la amamos sabemos que ella amaba y abrazaba la vida, ella era una alegoría a la vida: hermosa, vibrante, sonriente, capaz y sensual. La familia recurrió a todo, desde la medicina tradicional hasta la brujería.

Yo también me acuerdo que cuando mamá Cotita estaba internada le dijimos que tal vez papá Heroncito vendría a visitarla para animarla, nadie se atrevió a decirle que él también estaba hospitalizado por una embolia que le dio al enterarse del cáncer mortal de mamá Cotita. Ella abrió los ojos inmensos, como su amor por papá Heroncito, y dijo: –¡Un espejo, necesito un espejo! –y cuando se lo dieron dijo – ¡Ay, Dios mío! Gloria, píntame estas canas del demonio que Heroncito no puede verme así.

Yo también me acuerdo que mi mamá Cotita me amaba profundamente y que yo la amaba del mismo modo, jamás entendí ni perdoné a la pinche vida que decidió quitármela cuando sólo tenía tres años.

Yo también me acuerdo que para mi tercer cumpleaños hacía un frío endemoniado y que mamá Cotita me regalaba sombreros de niño, de esos tipo Che Guevara (ahora que lo pienso, tal vez por eso soy rebelde y revolucionaria). Me encantaba que nos fotografieran juntas, que me peinara y me cantara. Mi mamá Cotita no era de esas abuelas que tejen chambritas era una abuela que contagiaba risas, vida y sensualidad, tal vez por ser chiapaneca, por ser un poco madrileña o por estar tan viva. Tal vez sólo por ser mi abuela.

Yo también me acuerdo que mi cumpleaños fue celebrado el 25 de enero y mamá Cotita fue a darme mi regalo: una motoneta azul con blanco, todavía se dio el tiempo de jugar conmigo, de enseñarme a montarla, de celebrar un año más para mí, aunque a ella le significara un año menos. Murió el 31 de enero.

Yo también me acuerdo que cuando supe que mi hija venía al mundo me morí de miedo, sólo para renacer justo cuando la sentí moverse en mi vientre. Tenía 19 años y no me arrepiento de nada porque Fatimah Isabelle fue concebida con todo el amor del mundo y en medio del más maravilloso placer que otorga la vida, el de amar y ser correspondida.

Yo también me acuerdo que escogimos su nombre por la heroína del libro que mi suegro más quería, el que le regalé autografiado por Paulo Coelho y que aunque no soy fan del escritor le amé profundamente cuando una tarde de noviembre don Ricardo me contó, como si fuera una niña pequeña la historia de Santiago y Fatimah.

Yo también me acuerdo que el tiempo pasó y mi vientre comenzó a vivir el milagro de la vida, justo a los casi seis meses Fatimah decidió no nacer un 31 de enero para ir a reunirse con mi mamá Cotita. Al principio estuve triste,

la tristeza me duró nueve años durante los cuales me desperté cada madrugada llorando por mi hija ausente, hasta que tuve un sueño en el que las vi jugando juntas y entendí que las veré próximamente.

Yo también me acuerdo que el día que supe que ya no lo quería fue cuando me confesó que Fatimah tenía una copia pirata, una que había engendrado con no sé yo qué tipa. Al principio todo el dolor como el de una puñalada y sal, chile y limón en carne viva. Luego el coraje y las ganas de mandarlo todo al diablo, luego la paz porque yo ya lo intuía. Me dolió saber que lo había montado en el altar donde vivía mamá Cotita, papá Heroncito y mi pequeñita.

Yo también me acuerdo que me enteré que era humano, y se me acabó el amor por él. Imaginar que en algún lugar de este condenado pueblo hay alguien que puede llamar a comer a una Fátima con acento, que ni a ache llega, duele e indigna. Imaginar que la gente no tenga la creatividad de buscar un nombre nuevo, que no conforme con meterse con tipos casados, le robe su nombre a las niñas muertas con una letra menos, como si así el robo fuera menor. Ahora sólo queda ese sabor agrídulce que da la vida a las cosas que ya no tienen caso, que están perdidas.

Yo también me acuerdo que mis tres hijos nacieron en Tenancingo, porque son muy Cuevas y los Cuevas tenemos la sangre caliente, más allá del otro apellido no iba yo a andar permitiendo que tuvieran el corazón frío. Un hombre debe ser fuerte, y formal e inteligente, pero ante todo debe tener sangre que circule por todo su cuerpo, que lo vuelva él mismo, que lo distinga, que lo mantenga, que lo represente.

Yo también me acuerdo que escogí Tenancingo porque me gustó el lugar con ese Cristo que todo lo vigila desde arriba, que abraza a los que creen en él y a los que no por igual. Yo me acuerdo que comí en el restaurant Nipaquí y nunca una tortilla tostada en el comal tuvo mejor sabor que la de esa tarde, con esa salsa.

Yo también me acuerdo que en Tenancingo me mercó mi rebozó mi suegro, uno rojo porque el rojo es como yo, o al menos eso me dijo y luego me pidió que con ése abrazara a Galileo. Yo me acuerdo que ese rebozo está guardado en un cajón donde guardo otros 277 sueños.

Yo también me acuerdo cuando le conocí tanto como el día en que partió. Me acuerdo de su último suspiro tanto como de la tranquilidad de su rostro. Me acuerdo de su

fuerza, de su lucha, de su buen humor, de su estilo, de su entereza. Me acuerdo siempre y tanto.

Yo también me acuerdo que soy la menor de ocho hermanos, aunque me acostumbré a decir siete. Lupita cuenta, aunque su paso por este mundo haya sido de un mes.

Panthera Onca

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que cuando era niña, mi abuela paterna decía que por la calzada de árboles más cercana a mi casa pasaban las “ánimas” a las ocho de la noche. Así que no había que salir después de esa hora.

Yo también me acuerdo que cuando teníamos que atravesar la obscuridad de la noche, mis hermanas y yo nos tomábamos de la mano y recorríamos a toda prisa la distancia que hay entre la casa de mi abuela paterna y mi casa. Casi podíamos sentir la presencia de las “ánimas”, las imaginaba caminando en caravana a lo largo de la calzada de cedros y sauces, con su velo negro, tal como nos las había descrito mi abuela. Nos quedaba la boca seca y el corazón acelerado.

Yo también me acuerdo que mi abuelo Tino tenía una cabaña en medio del campo. Caminábamos por una besana entre los surcos de las milpas para llegar ahí. Para

entrar subíamos unas escaleras. Adentro había un gato, una cama y una ventana, desde donde se miraba el paisaje y se escuchaba el riachuelo, que en ese entonces tenía agua limpia. Era pequeña, pero suficiente para albergar a ocho niños. Jugábamos ahí y éramos felices.

Yo también me acuerdo de las tardes en las que jugábamos en las ramas del nogal. Árbol inmenso situado en medio del jardín de la casa de mis abuelos, alimentado por un río subterráneo de las aguas del Xinantécatl. El nogal ha sido un árbol mítico en mi familia, ha visto crecer a cuatro generaciones. Es mítico como el algarrobo sudamericano, como el almendro de *Cien años de soledad*. Ahí –Julia, milenaria como Úrsula y como El nogal– nos ha dado todo, y nos ha visto crecer.

Yo también me acuerdo de la inmensidad del desierto de Atacama. La primera vez que lo vi me pareció que era un espejo. Tal vez un espejo de la inmensidad porque todo se repite hasta el infinito. El azul del cielo era tan profundo y tan extenso que la mirada no podía abarcarlo. Ni en un día ni en dos, tal vez nunca. Antes de eso el sol, que también es infinito, te consume. El desierto es agreste, agresivo, pero por todos lados está lleno de belleza.

Yo también me acuerdo de las noches oscuras en el desierto de Atacama. Llegaba la noche y con ella el frío, se abría una ventana hacia el universo: primero aparecía la luna brillante y una estrella la acompañaba. Una ilusión lo que miraban mis ojos, porque entre las estrellas y yo había una inmensidad de espacio y tiempo.

Yo también me acuerdo de impresión que me causó la ciudad de México después de haber pasado 40 días navegando por los fiordos de la Patagonia chilena a bordo del velero Compay. Tal y como estaba previsto –y según la ley de lo imprevisto del buen Compay– llegué a México en el oscuro amanecer del 5 de abril de 2011. Se había terminado el viaje por tierras incógnitas e islas habitadas por ermitaños.

Yo también me acuerdo del cielo de la Antigua Aztlán, *aún estaba oscuro* y ello me permitió ver desde la altura las luces y, en el horizonte, el anaranjado del sol naciente. Fue impactante ver la luminiscencia de una de las urbes más grandes del mundo. Miré con impresión el flujo de luces rojas y amarillas que se extendía por las principales arterias, avanzando a ritmos distintos y constantes. Pasé minutos de vuelo aéreo observando el territorio iluminado por los que no acababa nunca. Me dije – Esto es lo que hay. Muchos millones de mexicanos levantándose antes

del amanecer, para alcanzar un lugar en las calles de la ciudad.

Yo también me acuerdo cuando conocí a un gran amigo, escritor, muy querido, quien me invitó a su casa, en la colonia Escandón. Me di cuenta que estaba en una historia cuando las cosas comenzaron a suceder como en los sueños. La extraña sensación empezó a invadir los momentos más banales del día. Los rituales que tenía más memorizados daban vuelcos repentinos dando paso a lo imprevisto.

Yo también me acuerdo que, al principio, los cambios eran casi imperceptibles. Me parecía normal estar mirando a través de la ventana a los gatos que montaban por las azoteas de la ciudad. Al interior del departamento se oían risas y discusiones de gente que yo no conocía. Decidí mantener una actitud alerta, escuchar la música, identificar los olores, percibir la sensación térmica de mi cuerpo.

Yo también me acuerdo que nada me permitía encontrar una explicación a lo que estaba pasando. Me sorprendí a mí misma actuando con asombrosa naturalidad en el extraño entorno. ¿Cómo podía ser esto posible? Mi actitud de vigilia era desviada por una melodía de Chavela

Vargas que, de pronto, sonaba lenta y apaciblemente a través de mis labios.

Yo también me acuerdo que cuando estaba en la Facultad fui a la playa con mis amigos. En aquel entonces Playa Ventura era casi virgen. Recuerdo a las comunidades afro caminar por veredas tropicales. Rentamos una cabaña sustentable frente de la playa. La cabaña era tan grande como un castillo, así que cabíamos muy bien las 15 personas de la tripulación.

Yo también me acuerdo que iba con dos amigas muy cercanas, Gina y Caro, con quienes reí hasta morir. Pasamos ahí tres o cuatro noches. El primer día vimos la lluvia caer hasta el amanecer, la segunda noche bailamos siguiendo la luna, la siguiente noche nos encontramos viajando a gran velocidad con Café Tacvba, "...estaba acostado, mirando el espacio exterior, y estaba pensando en lo diminuto que era yo...".

Yo también me acuerdo que una de esas noches de cielo negro y luna llena vimos a una tortuga Chelonia gigante desovar en la playa frente a nuestra cabaña, un par de horas más tarde vimos a un saqueador de huevos llevarse todo.

Adriana Román

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que en tercero de primaria sabía dividir con dos cifras.

Yo también me acuerdo que el bolígrafo que me ha durado más tiempo (siete meses) me la regaló un chico de cabello rizado y ojos verdes.

Yo también me acuerdo que no es bueno apegarse a las personas porque al final se van o te vas, se alejan o te alejas.

Yo también me acuerdo que mis notas siempre tienen tachaduras.

Yo también me acuerdo que Alex se quedó encerrado en la biblioteca de la Prepa.

Yo también me acuerdo que nunca he visto “Mamá, soy un pez” y mi mejor amigo me lo recuerda más.

Yo también me acuerdo que me desespero cuando toco la guitarra porque tengo dedos cortos.

Yo también me acuerdo que no sé hacer hot-cakes, pero mis crepas quizá sean las mejores.

Yo también me acuerdo que durante el primer año en secundaria el maestro de Geografía nos pidió que nos tomáramos de la mano para darnos toques con una misteriosa máquina; mentira, era un proyecto antiguo.

Yo también me acuerdo que no soportaba meterme al mar, pero me encantaba ir a la playa.

Yo también me acuerdo que mi abuelo decía que era su nieta favorita.

Yo también me acuerdo que Dora la exploradora tiene onda, como dijo el profesor Lenin Martell.

Yo también me acuerdo que en la pared de mi habitación están pegadas las postales que mi tía me envía de Australia.

Yo también me acuerdo que prefiero resolver problemas matemáticos con bolígrafo.

Yo también me acuerdo que mis papás dejaron juguetes en la orilla de mi cama el día de reyes por la mañana.

Yo también me acuerdo que la comida de mi abuela es el sabor que más me gusta.

Yo también me acuerdo que “el maquillaje es un moustro”, dijo mi tío.

Yo también me acuerdo de mi cabello largo.

Yo también me acuerdo que mis tres hermanas me gritan al mismo tiempo.

Sharon Olivares

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de un atardecer azul con amarillo; calma mi alma.

Yo también me acuerdo cuando mis padres olvidaron pasar por mí a la escuela y esperé sentada en una silla, trataba de no llorar.

Yo también me acuerdo de las cosas más simples por las que me puedo enamorar.

Yo también me acuerdo de las estrellas iluminadas en el techo de mi cuarto alumbrando mis sueños.

Yo también me acuerdo cuando un panal de abejas cayó sobre el patio y quería llamar a los bomberos.

Yo también me acuerdo del olor a libros cada vez que entro a la biblioteca.

Yo también me acuerdo de un día que llovió con granizo y salí para que cayera sobre mí.

Yo también me acuerdo de ese abrazo cuando lo necesitaba.

Yo también me acuerdo cuando conocí a un amigo muy especial en unas cuantas horas.

Yo también me acuerdo del beso de las buenas noches de mi madre.

Yo también me acuerdo de la mañana más tranquila en la ciudad.

Yo también me acuerdo del día en que me enamoré por primera vez, fue de un chico que jamás volví a ver.

Doris Téllez

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que odiaba la clase de computación.

Yo también me acuerdo que mi maestra de Español es una mujer divertida y guapa.

Yo también me acuerdo cuando Borges me enamoró con sus libros.

Yo también me acuerdo cuando Romeo murió por Julieta.

Yo también me acuerdo de mis clases de teatro con jazz.

Yo también me acuerdo que la vida es una experiencia personal.

Yo también me acuerdo que la casa de mi amiga Ale es uno de mis lugares preferidos.

Yo también me acuerdo que en una final del Súper Tazón le dejé un ojo morado a mi hermano por bloquear la pantalla del televisor.

Yo también me acuerdo que me enamoré de mi profesor de Literatura por criticar la biblia y leer novelas eróticas.

Yo también me acuerdo que tengo un diario lleno de recortes y recuerdos que narran mis días especiales.

Yo también me acuerdo que un ser especial siempre me decía: “El mundo es de quien lo observa”. Ahora soy menos despistada.

Yo también me acuerdo cuando mi padre me informó sobre su cáncer, lloré amargamente ese día.

Yo también me acuerdo cuando cambié de escuela por octava ocasión, todo parecía tan aburrido que volví a casa pasada una hora.

Yo también me acuerdo que amo las noches bohemias con vino tinto y un vinilo.

Yo también me acuerdo de esa sensación de profundo amor cuando volví a ver a mi segundo padre.

Yo también me acuerdo que ayudar al prójimo me hace infinitamente feliz.

Yo también me acuerdo que odio esperar.

Yo también me acuerdo que la universidad es la mejor etapa estudiantil.

Yo también me acuerdo de mi primer amor, un argentino que soñaba con ser pirata y navegábamos juntos.

Yo también me acuerdo de mi primer concierto de rock y de lo mucho que me dolió la cabeza.

Yo también me acuerdo que soy una adicta al café y a las pasas cubiertas de chocolate.

Yo también me acuerdo cuando conocí a Prem Dayal y el cálido abrazo que me dio.

Yo también me acuerdo de Bukowski, uno de mis autores favoritos.

Andrea Villavicencio

YO TAMBIÉN ME ACUERDO cuando quedé perdidamente enamorada de mi profesor de Historia.

Yo también me acuerdo cuando conocí a la chica más alegre que jamás había visto, Denise Condés.

Yo también me acuerdo de la primera vez que comencé a escribir.

Yo también me acuerdo del día en que mi madre me dijo: “tengo cáncer”.

Yo también me acuerdo de mi visita al cementerio de las memorias extraviadas.

Yo también me acuerdo de aquel chico de ojos color miel que me hacía temblar. Tocaba su guitarra eléctrica, yo

bebía café mientras lo miraba de lejos. Me sentía bien, tranquila y feliz.

Yo también me acuerdo de las noches frías y solitarias que pasaba y de cómo inventaba fantasmas para matar mi soledad.

Yo también me acuerdo del día en que odié a mi papá más que a nadie. Después lloré y me arrepentí.

Yo también me acuerdo cuando vivía en un cuarto pequeño, sin lujos y era la niña más feliz del mundo.

Yo también me acuerdo de la voz de Dave Grohl que me eriza la piel.

Yo también me acuerdo de lo feliz que me hizo el nacimiento de mi hermano.

Yo también me acuerdo de todos los recuerdos que enterré y olvidé en aquel cementerio.

Yo también me acuerdo de toda la gente que amo.

Yo también me acuerdo cuando me enamoré.

Nosotros también nos acordamos

Yo también me acuerdo de las mentiras, los sueños absurdos y la pasión que reside en mis textos.

Yo también me acuerdo que todos me llamaban “gritona”.

Leslie Alondra Flores Cid

YO TAMBIÉN ME ACUERDO cuando nació mi sobrinito y lo abracé.

Yo también me acuerdo de mi experiencia como oradora.

Yo también me acuerdo cuando bebí mi primera cerveza

.

Yo también me acuerdo cuando fui a Puebla.

Yo también me acuerdo de la mirada cansada de mi abuela.

Yo también me acuerdo de las reuniones familiares a las que iba casi obligada.

Yo también me acuerdo cuando Raúl Ornelas retwitteó mi tweet.

Yo también me acuerdo cuando conocí a mi mejor amigo.

Yo también me acuerdo cuando fui aceptada en la UAEM.

Yo también me acuerdo cuando conocí a Omar.

Mario Barrera

YO TAMBIÉN ME ACUERDO cuando quería entrenar “Súper héroes” con mi mejor amigo.

Yo también me acuerdo cuando asistí a un concierto, estaba emocionado y temblaba.

Yo también me acuerdo que me da miedo el amor.

Yo también me acuerdo cuando entré a la Prepa, me sentía temeroso, pero también alegre.

Yo también me acuerdo cuando asistí a los Scouts, siempre listos a servir.

Yo también me acuerdo cuando lloré al final de un libro.

Yo también me acuerdo cuando estaba a punto de tener una cámara fotográfica.

Yo también me acuerdo cuando fui a un campamento;
me dio miedo la noche.

Yo también me acuerdo que McDonalds me encanta.

Yo también me acuerdo que en el mar la vida es más
sabrosa.

Yo también me acuerdo que me encanta la pizza.

Yo también me acuerdo que no sabía qué recuerdos
escribir.

Yo también me acuerdo que mi letra no es la mejor del
mundo.

Nadia Paulina Garduño Flores
Frutsi

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de los nervios que tuve en mi primera competencia inter en la ESDEP de gimnasia artística.

Yo también me acuerdo de cómo no supe qué hacer cuando el balón iba hacia mí la primera vez que jugué voleibol con la selección.

Yo también me acuerdo de cómo mi mamá se negaba a comprarme un corrector cuando empezaba a usar bolígrafo.

Yo también me acuerdo cuando mi tía Coca me dijo que no tenía que reírme.

Yo también me acuerdo de la primera vez que me subí a un tobogán, estaba muerta de miedo.

Yo también me acuerdo cómo me aburre el principio de *La vuelta al mundo en ochenta días*.

Yo también me acuerdo que leía sin parar *Las aventuras de Sherlock Holmes*, *Cazadores de sombras* o cualquier historia de amor.

Yo también me acuerdo cómo Will le declaró su amor a Alicia y ella respondió: “Todo lo que vale la pena tiene un plan”. Él contestó: “Mi plan es que te amo” en *The Good Wife*.

Yo también me acuerdo de lo egoísta que pueden ser los vampiros enamorados.

Yo también me acuerdo de la primera vez que escuché a Joaquín Sabina, lo último que recuerdo es que lo amé.

Yo también me acuerdo de la primera vez que toqué la guitarra, interpreté una canción de The Beatles.

Yo también me acuerdo que la mejor versión de *Sabor a mí* es la de Luis Miguel.

Daniela Hernández Concha

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que ayudé a mi perrita durante su parto de ocho cachorros.

Yo también me acuerdo que le temo a las mariposas.

Yo también me acuerdo de sentirme intensamente feliz cuando entré al salón de mi Prepa con mis dos mejores amigas.

Yo también me acuerdo que mi ex novio detuvo con su mano un balón que iba directo a mi cara y me sentí como Bella Swan en una escena de *Crepúsculo*, donde Edward evita que una camioneta la atropelle.

Yo también me acuerdo que en los festivales se me caían las faldas.

Yo también me acuerdo que me preocupa mucho el cuidado del medio ambiente.

Jessica Sotelo Gil

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de las incontables veces en que estuve a punto de caer en mi intento por llegar al salón de clases, antes de que el profesor cerrara la puerta.

Yo también me acuerdo que el color favorito de mi mamá es el rojo quemado.

Yo también me acuerdo que aún no tengo claro si el limón es fruta o verdura.

Yo también me acuerdo de mi abuelita Lupe, de su nariz aguileña y su lunar en la mejilla. De sus palabras dulces y sabias y de esa costumbre suya de besarme en la frente cuando me despedía.

Yo también me acuerdo que Isha en hebreo significa “mujer”.

Yo también me acuerdo que el cielo era más azul.

Yo también me acuerdo del día en que por primera vez vi a los ojos al chico que me ha quitado el sueño o que probablemente me ha metido en ellos.

Yo también me acuerdo que mi papá ya no quiere lavar los trastes.

Yo también me acuerdo de la noche en que mi mejor amiga y yo nos quedamos despiertas hablando de nuestra película favorita.

Yo también me acuerdo que recuerdo al autor de *Los viajes de Gulliver* porque lleva el mismo apellido de mi cantante favorito.

Yo también me acuerdo que a mi mejor amiga no le gustan los diminutos.

Stefy Natalia

YO TAMBIÉN ME ACUERDO cuando un televisor terminó con humo por meterle un cable de otra medida.

Yo también me acuerdo de la primera vez que leí un libro de Laura Gallego.

Yo también me acuerdo de Kimberly, la perrita que le dejó marcas de sus dientes a mi hermana.

Yo también me acuerdo del tres y medio de una mano.

Yo también me acuerdo de las veces que tomé un cartón y me tiré por una bajada de pasto.

Yo también me acuerdo haber confundido el rollo de una vieja cámara y arruinar las fotos de mi comunión.

Yo también me acuerdo del sueño que hizo que odiara a los insectos y las alturas; un sueño bastante raro.

Yo también me acuerdo cuando mi abuelo me enseñó taquigrafía para ser una buena secretaria. Él no sabía que odiaba escuchar órdenes.

Yo también me acuerdo de la fogata que hice con mi hermano dentro de la casa.

Yo también me acuerdo del panal de avispas que se formó en el portón de mi casa.

Yo también me acuerdo de las picaduras que las avispas pueden dejar a los perros.

Yo también me acuerdo del llanto de mi perro cuando era cachorro, lo llamé “gato”.

Yo también me acuerdo cuando el hombre de nieve murió, su nombre era “Nevado”.

Yo también me acuerdo de las tantas veces que vi a *Peter Pan*.

Yo también me acuerdo cuando sorprendí a mi abuela en el DF.

Yo también me acuerdo cuando mi padre se iba a trabajar y tomaba su playera para dormir con ella.

Yo también me acuerdo cuando pedí un pastel demasiado grande, mi cara cupo perfectamente y no quedó para los invitados.

Yo también me acuerdo que mi abuela me mostró la única foto de su boda.

Yo también me acuerdo de aquel beso en Día de Muertos que dio inicio a una muerte lenta.

Yo también me acuerdo del mapache que mis padres me regalaron, lo llamé “Mapachín”.

Yo también me acuerdo de su sonrisa desalineada y su hermoso cabello.

Yo también me acuerdo del ex novio que buscó a mi madre a las seis de la mañana.

Yo también me acuerdo del viaje a Acapulco; duro sólo un día.

Yo también me acuerdo de mi primer amor.

Yo también me acuerdo de mi mejor amiga, es una cebra con “z”.

Yo también me acuerdo de mi primer día en la secundaria, el primero no fui, así que el segundo fue mi primer día.

Yo también me acuerdo cuando mi hermana se cayó del columpio del árbol de nuez.

Yo también me acuerdo de su última sonrisa.

Yo también me acuerdo cuando mi perro atoró su cabeza y tardamos dos horas en sacarla. Usamos aceite para ayudarlo.

Yo también me acuerdo que gasté mil pesos para comprar libros en un solo día.

Yo también me acuerdo cuando me desmayé por primera vez.

Yo también me acuerdo de mi primer teléfono.

Yo también me acuerdo de las veces que tiré a mi hermano de la cama.

Yo también me acuerdo de la risa más hermosa que he escuchado.

Yo también me acuerdo que no iría a Ixtapan en mi cumpleaños por haberme quedado encerrada en el baño.

Yo también me acuerdo de cómo fingieron ir a Ixtapan sin mí.

Yo también me acuerdo cuando escuché a Pierce The Veil por primera vez.

Yo también me acuerdo de Greo y Liriandi.

Yo también me acuerdo de cuando mi perrita se atoró en una hamaca.

Yo también me acuerdo de mi amor a los ángeles que me cuidan.

Cristian Filiberto Salgado Cruz

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que el 16 de octubre de 2014 una visita a una preparatoria se convirtió hasta ahora en el mejor día que he tenido.

Yo también me acuerdo que el primer día de preparatoria no alcancé una banca y me senté en el piso.

Yo también me acuerdo que corría lo más rápido posible en la milpa para llegar a mi casa.

Yo también me acuerdo que me escapé de mi casa para ir a su cumpleaños.

Yo también me acuerdo que bailé con ella los tres años de secundaria.

Yo también me acuerdo que decían que había brujas en el lugar donde vivo.

Yo también me acuerdo que cuando trasladaron al Chapo Guzmán las calles de mi pueblo estaban tapizadas de verde, eran los soldados.

Yo también me acuerdo que en las noches me daba miedo ir al baño.

Yo también me acuerdo que cuando nació mi hermano menor me quedaba solo en la casa.

Yo también me acuerdo que quitar las piedras de las vías del ferrocarril es un delito federal.

Yo también me acuerdo que mi mamá me regañaba por ir a las maquinitas más de dos horas.

Yo también me acuerdo que todas las tardes visitaba a mi amigo en su tienda sólo para ver la casa de la chica que me gustaba y comer con él.

Yo también me acuerdo de un perro al que siempre odié por ladrarme y perseguirme; una noche me ayudó a abrazarla bajo la luz de las estrellas.

Yo también me acuerdo que quería ser súper héroe.

Yo también me acuerdo que la vez que lloré toda la noche fue por culpa de mi familia y la sangre que me impedía ser feliz o que simplemente el hilo rojo que yo creía me ataba a ella era el de la sangre.

Yo también me acuerdo que he querido tener un perro como Hachik.

Fernanda Elena Jiménez López

YO TAMBIÉN ME ACUERDO del miedo al monstruo que se escondía en la oscuridad, pero que se desvanecía al sentir el abrazo de mi padre.

Yo también me acuerdo de haber leído aquel libro por lo menos 20 veces sin dejar de sorprenderme o reírme de las mismas partes.

Yo también me acuerdo que presentar mi examen fue mi peor pesadilla.

Yo también me acuerdo de haber tomado su mano por primera vez y sentir lo que tantos cuentos expresan.

Yo también me acuerdo de la última Navidad con mi abuelito. La mesa estaba llena de regalos y yo abría los de él.

Yo también me acuerdo de la lista que hicimos con mi hermana: “Todo lo que hay que hacer antes es volverse adulto”.

Yo también me acuerdo que nunca corrí rápido.

Yo también me acuerdo de las carcajadas que compartí con mis amigas de toda la vida.

Yo también me acuerdo que nunca confié tan fácil en nadie como en él.

Yo también me acuerdo que la Torre Eiffel supera las expectativas.

Yo también me acuerdo que reí como desquiciada frente a la pantalla.

Yo también me acuerdo que no quería entrar a la preparatoria y ahora me niego a dejarla.

Yo también me acuerdo que tenía miedo al mar porque pensaba que estaba vivo. Ahora le hablo.

Yo también me acuerdo de los últimos días de primaria, la escuela era toda mía.

Yo también me acuerdo que Bruno y Salmuel nunca regresaron al campo de concentración.

Yo también me acuerdo que leer el libro me hizo odiar a Peter Pan.

Yo también me acuerdo que leía en las clases de aerobics de mi mamá.

Yo también me acuerdo que leí a *Harry Potter*, pero lo tuve que leer de nuevo porque no entendí nada.

Yo también me acuerdo que tuve el “bloqueo del lector” durante un examen de lectura.

Yo también me acuerdo que los zurdos tienen mayor posibilidad de padecer Alzheimer. Yo soy zurda.

Yo también me acuerdo que a veces puedo sonar como ballena.

Yo también me acuerdo que me caí después de pararme de cabeza. No podía dejar de reír.

Brenda Gutiérrez

YO TAMBIÉN ME ACUERDO del nerviosismo que se apoderó de mí al momento de resolver el examen extraordinario de Cálculo Diferencial e Integral.

Yo también me acuerdo del gran entusiasmo que reflejaba el primer día de clases en preparatoria.

Yo también me acuerdo que nada es eterno.

Yo también me acuerdo que no me acuerdo de bastantes cosas.

Yo también me acuerdo de la primera vez que escuché hablar del filósofo Friedrich Nietzsche.

Yo también me acuerdo de lo mucho que puedo aprender de las personas.

Yo también me acuerdo que en Filosofía resultan más importantes las preguntas que las respuestas.

Yo también me acuerdo de lo solitaria que era la vida de grandes pensadores, compositores y opresores.

Yo también me acuerdo de la voracidad literaria de Galdós en *Marianela*.

Yo también me acuerdo que gracias a mis ocurrencias mis compañeros de secundaria estallaban de risa.

Yo también me acuerdo que prefiero escribir a solas, pasando las pupilas por mi habitación.

Yo también me acuerdo de lo caprichosa que me comportaba cuando era niña.

Yo también me acuerdo que la muerte llega súbita e importunamente.

Yo también me acuerdo del desgarrador llanto de mi padre frente al féretro de su padre.

Yo también me acuerdo de lo irritante que me resultan las personas arrogantes y soberbias.

Yo también me acuerdo de mi profesor de Filosofía que me dio clases durante el segundo semestre.

Yo también me acuerdo de lo acogedora que es la casa de mis abuelos.

Yo también me acuerdo de los argumentos que exponen los ateos y creyentes para defender su postura.

Yo también me acuerdo de los frescos atardeceres cuando, junto con mis padres, caminábamos hasta la panadería acompañados por el zumbido de los pipioles.

Yo también me acuerdo de que la inspiración llega sola a mí.

Yo también me acuerdo de mis ardientes ganas de explorar tantas cosas.

Yo también me acuerdo de lo aterrador que puede ser un cuerpo fallecido.

Claudia Espinosa de los Monteros Rayón

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que era una princesa hermosa que vivía en un castillo, mis padres eran los reyes y yo estaba con mi príncipe azul.

Yo también me acuerdo de aquella niña alegre, divertida, solidaria y muy buena amiga, Mariana Crisóstomo B., que hace años partió, pero no me ha dejado sola porque está en mi corazón.

Yo también me acuerdo de esa mirada que me hizo sentir un revoloteo en el estómago. Era el inicio de mi primer amor.

Yo también me acuerdo de sus manos sobre mi cuerpo, de nuestras respiraciones alteradas y encontradas, sumergidos en un momento de amor y pasión.

Yo también me acuerdo que durante la secundaria viví enamorada de James Maslow, cantante de Big Time Rush.

Yo también me acuerdo del día en que me di cuenta que nunca me amó, sólo jugó con mis sentimientos y rompió mi corazón.

Yo también me acuerdo que ahora le tengo miedo al amor, pero quiero volver a sentirlo.

Yo también me acuerdo cuando fui al Congreso Internacional de Ciencia en Madrid.

Yo también me acuerdo de todas las veces que traté de quitarme la vida, en una de ellas terminé en el hospital.

Yo también me acuerdo que la mayoría de la gente que me conoce me dice que me veo más grande.

Yo también me acuerdo cuando fui porrista durante tres años.

Yo también me acuerdo que mi pasión es bailar porque es soñar con los pies.

Yo también me acuerdo que mi hermana Tamara es un milagro.

Yo también me acuerdo que envidio a mi hermana Prisci por ser mejor en el fútbol.

Yo también me acuerdo que mi abuelo Beto le llama “tostón” a la moneda de 50 centavos.

Yo también me acuerdo que estoy enamorada de Sean O’Donnell, un fotógrafo atractivo.

Yo también me acuerdo que fui coreógrafa de mis XV años y de los de mi hermana.

Yo también me acuerdo de doña Toñita.

Yo también me acuerdo que odio la banda.

Yo también me acuerdo que mi Aba me enseñó a cocinar.

Yo también me acuerdo que a mi Aba le hubiera gustado cantar.

Yo también me acuerdo del momento cuando abrí los ojos y vi lo valiosa que soy.

Yo también me acuerdo cuando me caí y me raspé la nariz.

Yo también me acuerdo que amo mis ojos.

Yo también me acuerdo que tengo una familia maravillosa.

Jonathan Guizar Juvera

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de los lúgubres recuerdos de mi padre sobre su universidad, me trasladan a días grises.

Yo también me acuerdo cuando en mi niñez insistí a mi padre para dar un paseo por todas las fuentes del centro de Querétaro.

Yo también me acuerdo de la última vez que lloré.

Yo también me acuerdo de los elotes con mucho limón que comía al salir del kínder.

Yo también me acuerdo de las noches que salía a observar el movimiento de los cuerpos celestes.

Yo también me acuerdo cuando aún se podía respirar aire limpio.

Yo también me acuerdo de la reacción que tuve al enterarme de que John Lennon había muerto mucho antes de que yo naciera.

Yo también me acuerdo de mi primera visita a un hospital, mis papás pusieron el Canon de Pachelbel en esa vieja casetera portátil y me tranquilizaron. Lo último que pasó por mi mente fueron notas desvaneciéndose ante el etéreo sueño del sedante.

Yo también me acuerdo cuando no me gustó cómo interpretaron a Chaplin.

Yo también me acuerdo cuando me perdí en ella mientras interpretaba Edvard Grieg.

Yo también me acuerdo que ella dio sentido a cada nota.

Yo también me acuerdo cuando me tomó la mano.

Yo también me acuerdo de la primera vez que volé en avión.

Yo también me acuerdo cuando murió García Márquez.

Yo también me acuerdo cuando leí *El Principito*.

Yo también me acuerdo de las calles coloniales de Morelia.

Yo también me acuerdo de la primera vez que leí a Isabel Allende y su *Reino del dragón de oro*, y a partir de ese momento nació mi curiosidad por conocer la cultura budista.

Yo también me acuerdo cuando mi mamá me presentó a monjes budistas tibetanos.

Yo también me acuerdo cuando escuché el Concierto para violín de Tchaikovsky.

Yo también me acuerdo de la casa de los abuelos.

Yo también me acuerdo de mi primera computadora.

Yo también me acuerdo de lo difícil que es lidiar con la migraña.

Jay R. H.

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de la primera vez que monté una bicicleta.

Yo también me acuerdo de la mezcla de emociones en mi primer día de clases en la universidad.

Yo también me acuerdo de la primera cirugía en la que estuve presente.

Yo también me acuerdo de la primera vez que asistí a un parto, escuché el llanto de una nueva vida y vi la felicidad de la madre.

Yo también me acuerdo de mi etapa en la secundaria, la mejor.

Yo también me acuerdo de la primera vez que trabajé con un cadáver en la facultad, fue impresionante ver a un cuerpo sin vida.

Yo también me acuerdo de la felicidad inmensa que sentí el día que supe que había sido aceptado en la Facultad de Medicina.

Yo también me acuerdo de los domingos en los que salía con mis papás y hermanos a conocer lugares nuevos.

Yo también me acuerdo cuando pasé mi examen final de Anatomía.

Yo también me acuerdo que en mi niñez no me preocupaba nada.

Yo también me acuerdo cuando tenía dos años y me internaron en un hospital porque tenía neumonía, la enfermera era linda.

Jazn

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de la primera vez que visité Teotihuacán, fue impresionante ver las pirámides y sentir el viento de la naturaleza que emite un mensaje de imperio de guerra.

Yo también me acuerdo del olor a café en las calles de Veracruz.

Yo también me acuerdo de la brisa y salpiqueo del mar cuando rebota en la orilla.

Yo también me acuerdo de caras y animales cuando veo una roca.

Yo también me acuerdo de mi madre cuando veo el sol.

Yo también me acuerdo que por la noche, en la azotea, contemplo la luna para ver a mi abuela.

Yo también me acuerdo del sentimiento de desesperación cuando partí a la escuela y dejé a mis padres a kilómetros de mí.

Yo también me acuerdo de la última vez que vi a mi abuela y de las lágrimas en sus mejillas frías.

Yo también me acuerdo de mi primera clase en la preparatoria.

Yo también me acuerdo de la emoción que sentí cuando me dieron la noticia de que sería reportera en una revista.

B. G. M. P.

YO TAMBIÉN ME ACUERDO del 13 de junio a las 12:30 horas que recibí la noticia de que había sido aceptada en la universidad.

Yo también me acuerdo de cómo me di cuenta que mi carrera no era lo que me apasionaba en la vida.

Yo también me acuerdo cuando tomé la decisión de ser médico y seguir mis sueños.

Yo también me acuerdo de la tarde en que dejé la ventana de mi cuarto abierta y la lluvia empapó mis planos, momento en el que dije que arquitectura no era lo mío.

Yo también me acuerdo de cómo un “para siempre” terminó en una esquina abandonada de Toluca.

Yo también me acuerdo de la primera vez que probé cerveza, algo no muy grato.

Yo también me acuerdo de esa persona que marcó mi vida.

Yo también me acuerdo de cuando Disney hacía buenas películas.

Yo también me acuerdo de mi primera mascota, un simpático pez llamado Flounder y su trágico destino en manos de una niña.

Yo también me acuerdo de no haber olvidado a quien decidió dejarme en el olvido.

Yo también me acuerdo de cuando mi único problema era averiguar el ¿cómo? en la vida.

Yo también me acuerdo de mi primer amigo.

Yo también me acuerdo de mi primer tweet.

Ana Madrid

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que ansiaba cumplir 18; cuando la fecha llegó me arrepentí, ese día perdí a mi abuelita.

Yo también me acuerdo cuando mi abuelito aplastó por error a un pollito que era mi mascota.

Yo también me acuerdo de mi amor por la libertad del colibrí.

Yo también me acuerdo de mi gatita, mi compañera de 13 años.

Yo también me acuerdo del amor incondicional de mi madre.

Yo también me acuerdo de la última navidad de mi abuelito.

Yo también me acuerdo de los buñuelos que preparaba mi madre.

Yo también me acuerdo del payaso que me hizo llorar.

Yo también me acuerdo de la primera vez que subí al metro.

Yo también me acuerdo de la frase de mi mamá para cerrar un pacto conmigo “promesa hecha jamás deshecha”.

Yo también me acuerdo que quiero saltar en paracaídas.

Yo también me acuerdo que quiero ver una aurora boreal.

Yo también me acuerdo del significado de la palabra “arrebol”, rojo intenso de un atardecer.

Yo también me acuerdo de lo bien que me caía la novia de mi primo.

Yo también me acuerdo de lo feliz que fue mi despertar.

Fath Wonka

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que escribo para que la muerte no tenga la última palabra.

Yo también me acuerdo cuando mi abuela nos enseñó a cocinar pasteles de muchos sabores y mi favorito era el quemado.

Yo también me acuerdo que cuando mueres pierdes siete gramos de peso, tal vez eso pesa el alma.

Yo también me acuerdo cuando cumplí 12 años y tenía un pastel blanco con estrellas azules.

Yo también me acuerdo que no puedo escribir cuando alguien habla.

Yo también me acuerdo que mi padre siempre ha sido una persona fuerte y humilde.

Yo también me acuerdo de la emoción que sentía cuando era día de reyes.

Yo también me acuerdo que le prometí a mi hermana menor estar siempre a su lado y llevarla a vivir conmigo.

Yo también me acuerdo de los huevos rancheros que preparaba mi abuela.

Yo también me acuerdo que en 2008 murió mi madre.

Yo también me acuerdo cuando la maestra Adriana Garduño me enseñó el decálogo del oyente perfecto.

Yo también me acuerdo que el rojo es el color favorito de mi abuela.

Yo también me acuerdo que cuando escribía mis frases para el libro *Nosotros también nos acordamos* escuché que el orden de los factores en la literatura afecta notablemente el producto.

Yo también me acuerdo que a veces puedo escribir dos veces la misma palabra.

Yo también me acuerdo que dicen que el número 666 es el número del diablo.

Yo también me acuerdo del olor a cigarrillo de mi padre y a colonia de hombre.

Yo también me acuerdo de mi primera perforación.

Yo también me acuerdo que después de ver películas de acción quería hacer las mismas acrobacias.

Yo también me acuerdo que la gente piensa que me gustan las niñas.

Yo también me acuerdo que sigo esperando el mensaje de él.

Yo también me acuerdo que no tengo goma para borrar los errores que cometo en la vida.

Yo también me acuerdo que el libro *Heridas abiertas* tiene una historia similar a la mía.

Yo también me acuerdo que le dije “dicen que el amor es por siempre y tú por siempre es todo lo que necesito”.

J.

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que mi primera emoción fuerte fue en el concierto de Foo Fighters en el D. F. en 2013.

Yo también me acuerdo de los días frustrantes en la ludoteca de la Biblioteca Central.

Yo también me acuerdo del día en que subí a un avión por primera vez.

Yo también me acuerdo del día en que me enamoré de una centella, su nombre era Alicia.

Yo también me acuerdo cuando vi a mi padre llorar.

Yo también me acuerdo que me gusta mucho publicar en Facebook.

Yo también me acuerdo que me gusta escribir cuentos y canciones que hablen de amor.

Yo también me acuerdo cuando leí *Los siete pasos de los adolescentes exitosos* y pensé en escribir *Los siete pasos de la humanidad para aprender a vivir*.

Yo también me acuerdo que odio recordar las cosas que olvido.

Yo también me acuerdo que pienso llamar a mi primera hija Nebbia, niebla en alemán.

Yo también me acuerdo cuando quería ser el *power ranger* negro.

Yo también me acuerdo cuando murió mi primer cachorro.

Yo también me acuerdo de la primera vez que me gustó el clima frío, fue durante un concierto de Joan Manuel Serrat, me quedé afuera del Auditorio Nacional.

Yo también me acuerdo de la Psicodelia de mi cuarto con Pink Floyd y la furia de mi madre cuando me dijo que eso se trataba de drogas.

Dara Natahel

YO TAMBIÉN ME ACUERDO cuando llené a mi hermana de crema.

Yo también me acuerdo de la frase “somos nuestros propios demonios y hacemos de este mundo nuestro infierno”.

Yo también me acuerdo que quería a Pie pequeño de mascota y no lo encontré en +Kota.

Yo también me acuerdo que coleccionaba piedras lisas.

Yo también me acuerdo de la primera vez que no entré a clases en la prepa.

Yo también me acuerdo de la primera vez que fui al cine.

Yo también me acuerdo cuando mi hermano me quitó la silla y caí a un charco.

Yo también me acuerdo cuando fuimos a Villa Victoria y me aventaron pollos.

Yo también me acuerdo cuando fui a ver *La Bella y la Bestia*, el musical de Broadway.

Yo también me acuerdo que cuando era niña pensaba que el mundo entero era México.

Yo también me acuerdo de mis hermanos.

Yo también me acuerdo cuando le di comida a una indígena.

Brandon A.G.

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de los grandes errores que estigmatizaron a la humanidad.

Yo también me acuerdo que el agua de mar es más salada de lo que pensaba.

Yo también me acuerdo que cuando podo un rosal es inevitable que caiga una que otra gota de sangre.

Yo también me acuerdo cuando la luna se embriagó de un color rojizo.

Yo también me acuerdo que esperé a ver que se terminara el mundo, me aburrí y volví a dormir.

Yo también me acuerdo cuando un cacomixtle se puso a jugar en la repisa de mi ventana.

Yo también me acuerdo que espero ver un eclipse solar.

Yo también me acuerdo del día en que comencé a odiar a mi padre.

Yo también me acuerdo que un crepúsculo es cuando el cielo se tiñe de colores cálidos y rojizos, y no es el primer libro de una saga.

Yo también me acuerdo que si no le hago caso a mi mamá, me espera una chancla.

Yo también me acuerdo que existe Dios y existe el diablo.

Yo también me acuerdo que cometo errores de ortografía.

Yo también me acuerdo del día en que soñé que moría.

Yo también me acuerdo que no sé tu nombre, sólo sé que lees estas líneas.

Yo también me acuerdo de mis aspiraciones a estudiar Derecho o una carrera artística.

Yo también me acuerdo que te odio tanto, que hasta olvido tu nombre.

Yo también me acuerdo que Hitler pudo ser un buen niño.

Yo también me acuerdo de lo que se acuerda Olga Lengyel cuando vivió en Aushwite-Birkenav.

Yo también me acuerdo que en el olvido está tu tumba.

Brenda Piedra

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de la sonrisa en mis libros, mis manos temblorosas y mis ojos brillosos cuando me dijeron “bienvenida a la universidad”.

Yo también me acuerdo del enojo de mis padres cuando fui con mi novio al concierto de Reyno, él y yo quedamos afónicos.

Yo también me acuerdo que lloré hasta dormir.

Yo también me acuerdo del cielo estrellado en una posada.

Yo también me acuerdo que escribí una carta y olvidé entregarla.

Yo también me acuerdo de las risas y alegría en el *Fandango de los muertos*.

Yo también me acuerdo que mientras cantaba me hacías coro.

Yo también me acuerdo que no quería soltar tu mano.

Yo también me acuerdo que mi mascota es mi mejor amigo.

Yo también me acuerdo que corrí detrás de ese muchacho sólo para decirle “te quiero”.

Yo también me acuerdo de las cosquillas que me mataban de risa.

Yo también me acuerdo cuando mi profesor me sacó del salón.

Yo también me acuerdo que jugué basquetbol hasta cansarme.

Yo también me acuerdo que lloro mientras canto.

Ana Karenina

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que siempre me ha gustado el rock.

Yo también me acuerdo de los chicharrones preparados de la primaria.

Yo también me acuerdo que a mi Barbie Sirenita se la llevó un perro y la regresó sin una mano.

Yo también me acuerdo que siempre que escribo reviso si no tengo faltas de ortografía.

Yo también me acuerdo de mis primeros tenis Converse.

Yo también me acuerdo cuando jugaba Mario Bros.

Yo también me acuerdo cuando me caí con mis patines, todos se rieron de mí.

Yo también me acuerdo cuando gané mi primer sueldo.

Yo también me acuerdo cuando jugaba stop.

Yo también me acuerdo del miedo que le tenía al perro negro que era de mi primo.

Yo también me acuerdo de mi primer concierto con mi hermano, un fracaso porque llovió y se canceló.

Yo también me acuerdo del día en que confundí mi celular con un vaso de agua y lo metí al microondas.

Yo también me acuerdo de la vestimenta regional que usaba mi abuela.

Yo también me acuerdo del helado de mamey que vendían en el centro de Zitácuaro, Michoacán.

Yo también me acuerdo cuando tuve en mis manos una cámara fotográfica.

Yo también me acuerdo cuando manejé un coche y casi choco con un poste.

Andrea Salazar

YO TAMBIÉN ME ACUERDO del Pangea y de las tierras que se encontraron un día, los continentes que fueron uno y la relatividad de encontrarnos juntos.

Yo también me acuerdo de Paco el chato y el policía que lo encontró.

Yo también me acuerdo del olor a tierra mojada y las ganas de envolverme en ella.

Yo también me acuerdo de las partituras frente al piano de mi mejor amiga y su capacidad para deleitar.

Yo también me acuerdo de las vías del tren en las tierras de mi madre.

Rodolfo Bobadilla Cervantes

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de lo triste que es recordar la tranquilidad sin poder hacerlo.

Yo también me acuerdo cuando mi madre lloraba y mi padre viajaba.

Yo también me acuerdo que la canción que me relaja y me duerme es el *Largo invierno* de Vivaldi.

Yo también me acuerdo que la vida y la muerte no son dos estados distintos, sino uno solo.

Yo también me acuerdo que tal vez ella sí me quería, pero me lastimaba.

Yo también me acuerdo que confundido por el dolor le dije a una doctora que nací en 1914.

Yo también me acuerdo que le puse yogur a mis chilaquiles en lugar de crema.

Yo también me acuerdo que Mambrú se fue a la guerra.

Yo también me acuerdo que me equivocaba al tocar el violín, pero jamás me detenía.

Yo también me acuerdo que al mal paso darle prisa.

Yo también me acuerdo que el duodeno es parte del estómago.

Rey David Nava Hernández

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que los sentimientos pueden cambiar todo.

Yo también me acuerdo de mi primer día de clases.

Yo también me acuerdo cuando soñaba con ser algo que me gustaba, pero nunca lo intenté.

Yo también me acuerdo de mi primera amiga.

Yo también me acuerdo que si somos sinceros llega el amor.

Yo también me acuerdo que sólo debemos cambiar por las personas que queremos.

Yo también me acuerdo que perdí, pero también gané.

Yo también me acuerdo que el viento me arrebató la rutina, amigos y amor.

Yo también me acuerdo que sin importar qué pase, todo estará bien.

Yo también me acuerdo que la magia sólo es ilusión.

Yo también me acuerdo que los verdaderos recuerdos son los que tienen sentimientos.

Yo también me acuerdo que uso la regla de tres en el amor: una oportunidad para quererse, una para arreglar los errores y una para despedirse.

Yo también me acuerdo de la eterna promesa de un amor.

Yo también me acuerdo que entendía a todos, pero nadie me entendía a mí.

Yo también me acuerdo cuando me di cuenta que mi mayor miedo era morir.

Yo también me acuerdo de las personas a las que no les importa lo que digan o quieran los demás.

Yo también me acuerdo de lo que odio de mí.

Yo también me acuerdo del orgullo que da ser el mejor.

Yo también me acuerdo que ser el mejor significa que creen en ti.

Yo también me acuerdo que hay cosas que ya olvidé.

Yo también me acuerdo que todo esto será un recuerdo.

Yo también me acuerdo que los recuerdos a veces son una carga pesada.

Yo también me acuerdo que al final cambiamos.

Yo también me acuerdo que no me puedo rendir.

Yo también me acuerdo que se siente bien cumplir sueños de otros.

Yo también me acuerdo que alguno de mis órganos puede servir para dar vida.

Yo también me acuerdo que ser feliz o infeliz es parte de la vida.

Yo también me acuerdo que si sientes es porque estás vivo.

Yo también me acuerdo que los sentimientos tristes del pasado no te dejan ir.

Yo también me acuerdo que Ilya es un nombre que inventé para alguien del futuro.

Natali Ixchel Téllez Colín

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que el 3 de enero de 2001 mi vida cambió por completo, ese día nació mi compañera de travesuras y quien me ha enseñado que la vida es mejor si estamos juntas.

Mario González Vergara

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que la felicidad es reír cuando puedas y llorar cuando lo necesites.

Yo también me acuerdo que no me importa lo que las personas dicen de mí.

Yo también me acuerdo que la gente debe quitarse la venda de los ojos.

Yo también me acuerdo que sería lindo si todo fuera un cuento de hadas.

Yo también me acuerdo que debemos controlar algunas emociones.

Yo también me acuerdo que nadie es perfecto.

Yo también me acuerdo que me falta mucho por aprender
y enseñar.

Adrián Rodríguez Ramos

YO TAMBIÉN ME ACUERDO de la primera vez que me di cuenta que estaba enamorado.

Yo también me acuerdo de mi primer día en la preparatoria.

Alejandro Vaquero

YO TAMBIÉN ME ACUERDO cuando entré a la prepa, estaba sumamente nervioso, como un niño que espera a los reyes magos.

Yo también me acuerdo cuando comencé a ser parte de los reporteros de *Conecte UAEM*.

Lu'um Há

YO TAMBIÉN ME ACUERDO que cerca de la casa de mis abuelos había una construcción con paredes de adobe y teja, varios cuartos, un corral y un gallinero. *El Telar* le llamábamos en honor a una gran máquina de madera donde mi abuelo Lino tejía sarapes con la lana que le cortaba a sus borregos. El Telar estaba en el cuarto más grande y misterioso: objetos que no podía ver de tan guardados que estaban y eso despertaba más mi curiosidad. Pero lo que sí podía ver eran los botes donde se fermentaba el pulque que bebía mi abuela: La Jefa.

Yo también me acuerdo del *Cuarto del Fogón* en casa de La Jefa. Entrando, a la izquierda, había un escaloncito que daba acceso al sitio donde mi abuela hacía las tortillas más deliciosas que he probado. Por esa puerta a mano derecha estaba *El Molino*, donde molían el maíz para hacer las tortillas o para los animales. Recuerdo el piso de tierra, siempre con restos de maíz molido. Colgadas del techo

había muchas cosas que no recuerdo bien, quizá porque nunca vi nada claramente.

Yo también me acuerdo que entre el *Cuarto del Fogón* y *El Molino* había un pasillo. Si lo recorrías hasta el fondo podías llegar al *Corral de los Borregos*, donde dormían por las noches. Ahí casi nunca fui, era muy oscuro y misterioso, me parece que mi abuelo no me dejaba ir porque los borregos machos topeaban y podía ser peligroso, supongo.

Yo también me acuerdo que en la casa de mi abuela, pegado al *Cuarto del Fogón*, pero afuera; es decir, sin techo, estaba *El Gallinero*, las gallinas compartían espacio con los gansos. Todos comían las tortillas que mi abuela les aventaba en trozos. Al centro había un árbol y muchos recuerdos rodeándolo.

Yo también me acuerdo que contiguo al *Corral de Borregos* había un corral exterior. Un terreno grande, sin techo, donde los animales podían estar durante el día sin ser amarrados. Recuerdo que mi abuelo les llevaba las hojas de maíz y corrían muy contentos a la cerca para comerlas. Entre pasillos, fogones, borregos, cubetas con pulque y telares transcurrieron muchos años maravillosos de mi infancia.

Yo también me acuerdo haber escuchado el silencio. Un silencio tan aturdidor que creí haberme quedado sorda. Pequeñísimo pueblo de tierra, escondido en el último rincón del altiplano argentino: Yavi. Una caminata a través del tiempo. No sabía si iba o venía, sólo caminaba, subía un cerro. Arriba, surcando el cielo, los zopilotes observaban silenciosos. No me atrevía a hablar, no hacía falta en ese silencio absoluto, ni el viento hacía ruido. Nunca, en ningún lugar del mundo he escuchado lo que escuché ahí: la nada misma.

Yo también me acuerdo que una noche, en una cabañita en el Parque Henry Pitier, en la lluviosa selva venezolana, escuché voces ancestrales. Pensé que era Lina –mi compañera de cuarto– hablando por teléfono. Conforme subían de tono las vibraciones, yo despertaba del estado de vigilia hasta que desperté por completo. Entonces escuché con claridad sonidos guturales.

Yo también me acuerdo que Lina hablaba en algo que parecía dialecto antiguo, pero estaba dormida. Su pareja la escuchó también y comenzó a gritarle “–Linaaaaa, Linaaaaa”. Ella, como traída de un lugar lejano, empezó a despertar. Su voz, suave y amodorrada, difería de la voz firme y grave que segundos antes salía de su boca.

Dijo dos o tres palabras y se volvió a quedar dormida. No logré dormir más. A la mañana siguiente pregunté a Lina si recordaba lo que había sucedido a lo que contestó “-Me acuerdo que estaba en la selva, sentada en un círculo con mujeres de tribus amazónicas, hablábamos sobre la naturaleza”.

Karla Hernández

Me acuerdo que cuando el cansancio impide seguir queriendo, el corazón recuerda por qué seguir amando.

Recuerdo que nací, pero no recuerdo haber muerto; entre líneas recuerdo tu aliento empañando mi vida.

Recuerdo que la muerte ronda mi vida, recuerdo cada amor envuelto en besos y cada suspiro llorando un adiós.

Recuerdo a Andre Gide: el secreto de la felicidad está en no esforzarse por el placer, sino encontrar el placer en el esfuerzo.

Recuerdo también que las cosas más bellas son las que inspira la locura y escribe la razón. Otra vez Gide ¿por qué no?

Recuerdo a mi abuelo en blanco y negro, todavía no existía el color.

De la nada recuerdo, sorprendentemente respiré, en otro momento el aliento se me fue, y por último, exhalé.

¿Recordar tu rostro? Permanece en el olvido. Como olvidar tu aliento apenas rozando mis labios.

Recuerdo tus piernas entrelazadas a las mías, recuerdo suspiros y caricias; recuerdo tu voz deslizándose en mi oído, ¿así te gusta mi amor?

¿Recuerdo? Como olvidar el dolor profundo y desquiciante, hiriendo el alma sin descanso, el silencio envolviendo mi cerebro y el llanto que brota en un grito sin sentido.

¿Recuerdo? No puedo olvidar, nos obliga recordar, es su propósito. La locura es el privilegio de los sentidos, abraza hasta asfixiar, nos obliga al suicidio y a amar con delirio. ¿Cómo olvidar?

Y tú, ¿de qué te acuerdas?

YO TAMBIÉN ME ACUERDO _____

Yo también me acuerdo _____

CONTENIDO

7	Prólogo
13	Introducción
19	Luisa Barrios Honey Ruiz
23	@marvaldespino
25	Estefanía Licea
27	Delfina Careaga
31	Alicia Gutiérrez Romo
33	Lorena Guerrero V.
35	Blanca Aurora Mondragón
39	Viridiana Martínez Guzmán
41	Margarita
43	Bertha Barrientos Gil
45	Roberto Adrián Vázquez Quezada
47	Rosario Rogel Salazar
53	María Trinidad Monroy Vilchis
55	Karla Patricia Martínez Gómez
57	María Lucina Ayala López
59	Alfredo Barrera

61	Consuelo Reyes Carbajal
63	Lao Parra
65	Marco Antonio Velázquez Osorio
67	Ruth Milca
69	Horacio Gómez
71	María Esther Rivera López
73	Cecilia Cota
75	Liliana Hernández
77	Martha Patricia Domínguez Bustos
79	Juliana Hernández Morales
81	Melany Mendezcarlo
83	María del Carmen García Maza
85	Juan Carlos Carmona Sandoval
87	Stephany Mancilla V.
89	Adriana Hernández
91	Olivia Hernández
93	Yessica Díaz
95	Claudia Segura Fonseca
97	Gloria García Vilchis
99	Ma. del Socorro Zepeda Montes
101	Nguyen Van Con Gohan
103	Angelina Colín Colín
105	Lourdes Espinoza Bernal
107	Martha Elisa Aguilar
109	Ignacio Jafet Domínguez Peralta

111	Alaín G. Peñaloza
113	Marlenne Astrid P. Colín
115	Mónica Romero González
117	Alejandra Patricia Primero Gutiérrez
119	María Consuelo Barranco Monroy
121	Antonio Torres Granda
123	Ana María Madrid Martínez
125	Andrea del Carmen Ceballos Cuevas
127	Carlos Gustavo Martínez Rueda
131	Diana García Valdés
135	Martha D. Gómez Flores
137	Mauricio Gutiérrez Cortés
141	Patricia García Chávez
145	Ramón Tella
147	Stephanie Albiter
153	José Isaac Ruiz Nava
155	Eva Laura Rojas Almazán
157	Judith Madrid Hernández
159	Nancy Torres Ortiz
161	Gabriela Coppola
165	Miguel Peraza
169	Julia
173	Bertha
177	Marthel
181	Paloma Cuevas Ramos

191	Panthera Onca
197	Adriana Román
201	Sharon Olivares
203	Doris Téllez
207	Andrea Villavicencio
211	Leslie Alondra Flores Cid
213	Mario Barrera
215	Nadia Paulina Garduño Flores Frutsi
217	Daniela Hernández Concha
219	Jessica Sotelo Gil
221	Stefy Natalia
227	Cristian Filiberto Salgado Cruz
231	Fernanda Elena Jiménez López
235	Brenda Gutiérrez
239	Claudia Espinosa de los Monteros Rayón
243	Jonathan Guizar Juvera
247	Jay R. H.
249	Jazn
251	B. G. M. P.
253	Ana Madrid
255	Fath Wonka
259	J.
261	Dara Natahel
263	Brandon A. G.

267	Brenda Piedra
269	Ana Karenina
271	Andrea Salazar
273	Rodolfo Bobadilla Cervantes
275	Rey David Nava Hernández
279	Natali Ixchel Téllez Colín
281	Mario González Vergara
283	Adrián Rodríguez Ramos
285	Alejandro Vaquero
287	Lu´um Há
291	Karla Hernández
293	Y tú, ¿de qué te acuerdas?



Antonio Ruiz

(Texcoco, 1892 – Villa de Guadalupe, 1964)

Artista plástico y arquitecto, alumno de la Academia de San Carlos, apodado “El Corzo” por su maestro Saturnino Herrán debido a su parecido con el torero del mismo apelativo retratado por Zuloaga. Reconocido dentro de la generación de los pintores pertenecientes a la Escuela Mexicana de Pintura. Antonio Ruiz se destacó por imprimir en su obra un estilo crítico y mordaz inscrito en el nacionalismo y en el realismo fantástico, en el marco de los cuales ridiculizaba a personajes de su tiempo. Su obra posee también los cánones académicos que ponen de manifiesto una técnica depurada, representada en más de cincuenta obras de formatos generalmente pequeños, realizados al óleo y temple, ricos en detalles. Fue durante quince años director de la Escuela de Pintura y Escultura La Esmeralda y miembro activo del Seminario de Cultura Mexicana para el cual difundió trabajos de los alumnos y colegas de arte. Incurrió en la escenografía y diseño de vestuario para cine, teatro y danza con las compañías más relevantes de su época en México. Su obra ha sido expuesta en numerosos museos dentro y fuera del país y actualmente pertenece a colecciones tanto oficiales como particulares y por su número reducido está profusamente demandada.

Luisa Barrios Honey Ruiz

Nosotros también nos acordamos, de Ivett Tinoco García y Rosario Rogel Salazar (comps.), Margo Glantz (Prólogo), se terminó de imprimir en agosto de 2015, en Cigome S.A. de C.V. El tiraje consta de 500 ejemplares.

<https://upload.wikimedia.org>



Margo Glantz

Escritora, ensayista, crítica literaria. Integrante de la Academia Mexicana de la Lengua. Ha recibido, entre otras distinciones, el Premio Nacional de Ciencias y Artes en el área de Lingüística y Literatura en 2004; el Premio FIL (antes Juan Rulfo) de Literatura en Lenguas Romances en 2010; La Universidad Autónoma Metropolitana le concedió el grado de doctora honoris causa en 2005, la Universidad Autónoma de Nuevo León en 2010 y la Universidad Nacional Autónoma de México en 2011.

Fotografía: Marcela Ruiz.



Antonio Ruiz "El Corzo"

(Texcoco, 1892 – Villa de Guadalupe, 1964)

Artista plástico y arquitecto, alumno de la Academia de San Carlos, apodado "El Corcito" por su maestro Saturnino Herrán debido a su parecido con el torero del mismo apelativo retratado por Zuloaga. Reconocido dentro de la generación de los pintores pertenecientes a la Escuela Mexicana de Pintura.

Imagen de portada: *Mujer leyendo*, ca. 1925, lápiz sobre papel, Antonio Ruiz "El Corzo", cortesía de Luisa Barrios Honey Ruiz.